

PARTE I

1

Sí, lo sé. Son las tres de una madrugada tibia y susurradora, como la playa de una isla desierta. Estoy caminando bajo faroles ennegrecidos por el hollín, seguido a media cuadra por tres sujetos. O quizás no me siguen, y son hormigas con esteroides que siguen mi rastro químico.

No hay más almas que las nuestras, y lo único material que llevo conmigo es este viejo teléfono sin saldo para llamadas.

Quizás este mensaje “SMS” llegue antes que yo a mi departamento. Quizás sea yo quien llegue antes que mi cuerpo en un suspiro.

En cualquier momento inicio una carrera contra el tiempo. Este prepara una posta al lado de esos tres sujetos, y me mira como si yo fuese un escapado.

Las luces del Paseo Ahumada se pierden entre los corredores de madera de la bendita extensión del Metro, y es mi única ruta de escape.

No estoy muy seguro qué fue lo que sucedió. Solo sé que salió mal.

Yo solo buscaba a la chica. Tenía un nombre, o más bien un mote. “Ana” se hacía llamar, y con eso pretendía ser una de las tantas “Anas” que existen, tanto de día como de noche. Había un sujeto con cara de adoquín que sabía quién era ella, y cuánto cobraba. Pero yo no la buscaba para darle algo a cambio de otra cosa. Yo estaba trabajando.

Cuando llegué hasta ella, abandoné la postura de cliente y le hablé claro. Mis palabras no fueron tan rápidas como ella para desvestirse, y supe de inmediato que una flor como esa no tenía nada que hacer en medio de ese chiquero. Bajo la luz amarilla, rodeada de claroscuros, parecía una mariposa nocturna de un metro setenta y... más alta que yo, rodeando la única ampolleta que pendía sobre el camastro.

A los ricachones les gustan las morenas, en especial esas cuya piel se tiñe con el color de la macagua, bien tropical, bien exótica. No sé qué les encuentran, si las rucias pueden ser igual de ardientes, y si te saben llevar, eso es lo que cuenta. En fin, cuando reconocí el tatuaje de una adorable telaraña debajo de su pecho izquierdo, le hablé claro y preciso. Pero ella parece que no entendió, o se hizo la desentendida. Además, se hizo la ofendida, y con eso, terminó mi incursión.

Abandoné el edificio a través del amplio corredor de paredes sucias y pintarrajeadas por los hijos perdidos de Pablo Picasso, bajando por escaleras curvadas y frías como el mármol de un mausoleo, por donde uno no sabe qué

se va a encontrar en el escalón siguiente, si a un mendigo ocasional, o a flores de plástico, o el sótano. Un estremecimiento me empujaba, junto con esa mirada de sospecha viscosa del sujeto con cara de piedra.

El sujeto dueño del encargo no era de los limpios. No era el clásico “hombre de bien” que buscaba a su hijita perdida. Él buscaba a una “perdida”, que no era su hija. Él buscaba una inversión que se le escapó de las manos. Me dijo que ella no contestaba sus llamadas, siempre lo enviaba al buzón de correos. Ella no cambió su número, y eso me permitió dar con su paradero. Con solo ver la fotografía, supe que ella era de las que no bajaban de “Plaza Italia”. El sujeto me confesó que ni siquiera bajaba del hotel “Hyatt”. Por alguna razón, un día esa flor decidió escaparse de este sujeto, atravesar la frontera y esconderse en un tugurio maloliente, cambiando clientes “refinados” por otros que con suerte usaron la ducha ese mismo día.

La noche estaba tibia, como ya lo dije, y la calle estaba tapizada de desechos dejados por los diurnos. Aparte de mí, y de uno que otro vago durmiendo entre cartones, no había nadie más.

Caminé por Catedral hacia la Plaza de Armas. Dos esquinas avancé cuando me di cuenta de que tenía compañía. No soy nuevo en esto. Supe que venían por mí. Supe cuán desesperada estaba esa chica.

No me hice preguntas. Si me las hacía, perdía. Para remate, no llevé mi “matagatos” conmigo, porque no quise asustarla, y porque con franqueza no creí que fuese necesario. “Matagatos” es un revólver calibre “22”. Y sí, tengo algo de “carrete” en este negocio, pero eso no garantiza dar un paso en falso de vez en cuando. Ahora, ese paso en falso me hacía correr como los “huevones” en medio de una avenida de foto-radares apagados, cámaras funcionando en solitario, “pacos” ausentes y uno que otro automovilista que no se detendría ni aunque el mismo Papa le pidiese un aventón a esa hora.

Decidí encararlos cuando ya parecía un octogenario asmático. No estoy en forma, que pena. Además, me di cuenta de que sería un estúpido de la realeza si les enseñaba el lugar donde vivo. Me di vuelta hacia ellos, y con rapidez metí mi mano en el interior de mi chaqueta, y ahí la mantuve.

Los sujetos se detuvieron a tres metros de distancia. No llevaban nada en sus manos. Corrijo: apareció un cuchillo de esos que cortan fémures en pocos segundos. Cada uno de ellos llevaba un largo prontuario a sus espaldas, robos, asaltos y quizás homicidios. Lo vi “clarito”, como si se tratase de “realidad aumentada”. No eran nuevos en el negocio, o al menos, no el más viejo, eso lo supe al instante. Fue su silencio. Él me estaba evaluando.

Hice un gesto con mi mano, un ademán de querer sacar algo. Era un lápiz caro, regalo de una vieja para quien descubrí el engaño de su marido con su secretaria venezolana. Un clásico.

—No tiene nada...—dijo uno de ellos, el que se parecía a Neruda luego de una temporada en Pisagua—. Está blufando.

Era la voz de un “choro” viejo, curtido en las calles y en la “cana”. Era de esas voces que no amedrentaban por la cantidad de groserías por minuto, sino, por la intensidad de los silencios que intercalaba entre palabras sin prisa. Sin duda, debía ser el académico a cargo de los “pendejos” que lo acompañaban.

—No la saco cuando no pienso usarla—le dije, y quise parecer decidido, y todo quedó como al principio.

El susurro de la ciudad se acalló por un instante. Aproveché el silencio. Accioné la cabeza metálica de mi lápiz con suavidad, y rogué porque ese sonido pasase como si amartillara el percutor de un “matagatos” cuando menos.

—Usted no es de los que salen solos, ¿verdad?

La pregunta “pa’huevona”. En fin. Ya era tarde y no podía exigirles creatividad. Le iba a contestar que conozco mi negocio, pero no estuve dispuesto a iniciar una agradable conversación de amigos. Me conformé con mostrarle mi mejor cara, ayudado por una fea cicatriz que me cruza el mentón, cortesía de un “burro” que se quiso pasar de listo con sus compinches dos años atrás.

—No creo que sea tan huevón como para salir solo—añadió el otro sujeto, el del cuchillo de chef de la Vega Central, con la voz nasal propia del chorizo que aparenta no temerle a nada. Meneaba la guadaña como quien menea su “guadaña” antes de encajarla...

Una mueca silenciosa fue toda mi respuesta. Una maldita luminaria estaba justo encima. ¿Por qué no me detuve entre dos faroles, y aprovechar la penumbra? Otro paso en falso. Ahora, todo dependía de la ausencia de gestos y de mi silencio.

Entonces, Neruda sacó el habla usando un tono distendido, y no fue para recitar los veinte poemas de amor y una canción desesperada.

—No se me ponga chusco, amigo: solo veníamos a darle un mensaje.

—Debo ser un tipo importante para que se tomaran tantas molestias. ¿O acaso tengo cara de zorro? Con el dueño de los perros bastaba.

El sujeto de la guadaña hizo un ademán de abalanzarse en mi contra, pero el brazo de Neruda lo detuvo. Fue un gesto calmado, limpio. Controlaba a sus perros con maestría.

—Estas calles son peligrosas a esta hora, uno tiene que tomar resguardos...

Intentó acercarse, pero se detuvo cuando moví mi brazo con gesto amenazador.

—Calmado, compañero. Solo queremos decirle que no se meta con ella.

—No es bueno espantar clientes, ¿no le dijeron eso?

—Ella está para otros clientes, no para usted.

—¿Una florcita de jardín cuico?

El sujeto sonrió, mostrando trofeos de peleas pasadas.

—Usted la vio. No está para “gorriones”.

—¿Y qué hace una “flor de jardín cuico” metida en un hoyo recibiendo clientes a esta hora?

Otra vez torció la jeta.

—Dese por advertido.

Otra pregunta sin responder. La añadiré a la lista de “preguntas filosóficas” para que otros se encarguen de ella. Dicho esto, obedeciendo un gesto adusto del sujeto, sus “camaradas” dieron media vuelta y regresaron por donde vinieron. Por esa noche, sus nudillos tuvieron descanso, y la guadaña volvió a sumergirse en la espalda del chef.

—¿Y qué pasa si voy de nuevo, y pago el doble? ¿Y si pago con tarjeta?

Pregunté sin sacar mi mano de mi chaqueta, y en tono desafiante. Los tres se detuvieron, y me miraron luego de cruzarse miradas.

Por un momento temí que ese hubiese sido mi tercer paso en falso. Neruda se acercó, y ni siquiera vaciló cuando le hice el gesto de mi mano dispuesta a “desenfundar”. Sonrió, deteniéndose a un metro de distancia.

—Usted corría hacia allí...—me dijo, señalando hacia los edificios asomados en la cuadra siguiente—. No se molestó “ná” en hacer parar un auto, ni corría hacia Teatinos, donde de seguro hay “pacos”. O tiene su vehículo estacionado por ahí, o corría hacia su casa. Pero, a esta hora, usted pudo haber estacionado mucho más cerca, ¿No lo cree así? Esos son edificios de departamentos, no hay oficinas...

Un choro viejo, sin duda alguna. Los choros no llegan a viejo sin tener algo más que mierda en la cabeza. Los otros, en cambio, parecían tener esa mierda acumulada de años de privaciones y prejuicios. El resentimiento afloraba en sus gestos tanto como la sospecha en la cara de un jubilado a la salida de un

banco. No eran profesionales. Eran unos “pendejos” de mierda, de esos que cortan las tripas o la garganta de un ser humano solo porque se les atravesó un pedo. Neruda les dictaba cátedra, controlaba esa ira apenas contenida de esos perros rabiosos, y convertía en “trabajo” lo que, de otra manera, sería un acto criminal salvaje. Por un instante me sentí seguro con él ahí, y sentí que la labor del choro viejo debía ser reconocida, al menos, con una de esas jubilaciones truchas “por servicios prestados a la patria”.

Intenté no sonreír.

Se quedó observándome con cara de “crónica de una muerte anunciada” por algunos instantes, esa cara del mafioso que sabe lo que va a hacer, que lo va a hacer, y que ya lo hizo. Antes de dar media vuelta para marcharse, hizo un gesto con la cabeza hacia donde debía estar mi revólver, y masculló:

—Si vuelve a molestar a la “chiquilla”, no sé lo que le harán estos dos, pero yo le meteré el lápiz por el culo.

Un caballero, después de todo. Acusé el mensaje. Se tomó la molestia de darme dos por el precio de uno. Este trabajo me estaba resultando peligroso, y ni siquiera había cobrado tanto...

2

El choro viejo tenía razón en algo: yo iba a mi casa. Lo que no sabía, era que ahí mismo tengo mi oficina. Sé que no es muy inteligente. De hecho, es bien “huevón” tener el lugar de trabajo en el propio hogar, porque te conviertes en esclavo de tus obsesiones. Sin embargo, debo decir a mi favor que tiene sus razones y sus méritos, siendo la principal razón que no me alcanza para arrendar una oficina. Es un dúplex aceptable, donde puedo separar las cosas del oficio de las personales por medio de una simple y tonta puerta. Me lo arrienda un antiguo cliente a quien le hice uno de esos favores que jamás se olvidan, a un precio también más que aceptable.

No lo niego. Tengo una linda vista, con un ventanal que da hacia la mierda flotante del lado poniente de la ciudad. Tampoco niego que durante las noches se enciende todo como si se tratase de un piso de luciérnagas, como las que vi en el campo de los viejos de mi “ex” hace muchos años. Eso es bonito, y la distancia relaja la vista.

Las mujeres van y vienen. Llegan atraídas por la mención de mi trabajo, pero se van cuando se dan cuenta de que la mayoría de las veces me dedico a descubrir engaños amorosos. No hay peligro ahí, el pavo real no tenía la cola tan grande, el león llevaba peluca. Un caso peligroso, como el del “burro” maldito, es uno en un millón. Por lo general, los “narcos” arreglan sus asuntos

entre ellos mismos, y mejor que así sea: no hay entre ellos algo parecido a un “viejo choro”, y hay mucha plata en juego como para mantener lealtades duraderas, porque ni ellos duran mucho en el negocio.

No. Las mujeres que atraigo son de esas que les gusta la adrenalina, de esas que no se enamoran, y que tienen un “marino” en cada puerto. Por lo general, son de esas que tuvieron lo suyo, les tocó sufrir en compañía de verdaderos “sacohueas”, como alguna vez lo fui yo mismo. La verdad sea dicha y que no duela. En fin, el tiempo pasa, las personas aprenden, y he dejado de admitirles la entrada a favor de la “Nany”. Hoy, aunque tengo claro que ese no es su nombre real, más honestidad consigo de ella, que no se anda con huevadas...

Mejor así.

Revisé los mensajes “SMS” de mi teléfono personal, ese que nunca llevo conmigo. Ahí estaba el de la noche anterior, ese que envié cuando las hormigas con esteroides me perseguían, con el nombre de la chica junto a su dirección laboral confirmada, y el motivo de mi asesinato. Todo junto a un código que hace referencia a la información completa del trabajo, apuntada en mi libreta que dejé sobre mi escritorio. Si algo me sucedía, alguien revisaría el teléfono, quizás un “PDI”, y podría llegar a la libreta, acercándose a la identidad de mis posibles asesinos.

Esta vez no fue necesario tal recaudo. Envié los resultados de mi investigación al cliente, mediante un “programa de cifrado para la risa” que me proporcionó, y me dispuse a vivir el día.

Llevaba casi dos horas cocinando unos porotos “del año” que compré en la “Vega Central” a una vieja que tenía el mentón y las neuronas de “Benito Mussolini”, cuando sonó el “citófono”. Aunque eso de las preferencias de la gente no me molesta, sí que me “pica el orto” que me pasen “gato por liebre”. De hecho, ni siquiera se me ocurrió pensar en sus inclinaciones políticas hasta que me vendió esas piedras por porotos. El automático se bajó una vez, porque la cocina no aguantó.

La visita no podía ser más inoportuna si se trataba de un cliente, y para peor, en domingo. Era un cliente. Miré hacia la cocina, olfateé un rato, y le contesté al “goma” de turno que subiera. No podía darme el lujo de dejar que la platita se me escapara de las manos siendo tan escasa.

Por fortuna se trataba de un caballero. Las damas son más “fijadas”, pero igual tuve que echar un poco de “Poet” por aquí y por allá. Al menos, me ahorré el “pachulí”.

El sujeto me mostró mi tarjeta, y se presentó como “Augusto D’Halmar”. Lo invité a sentarse. Le ofrecí un trago de algo, pero se abstuvo.

—O usted se llama como el escritor, o me dio un nombre falso.

Sonrió y entrecruzó sus dedos. Se acomodó en la silla poniendo una pierna sobre la otra mientras me sentaba con el ventanal a mi espalda. Ya había pasado la hora del almuerzo, y el sol comenzaba a transformar mi bella oficina en el lugar donde el diablo suele fundir el hierro para sus tridentes.

—Es mi verdadero nombre, señor Soto. Provengo de la rama familiar del bisabuelo materno de ese hombre, y hemos sabido mantener nuestro “status”. Pero, a usted no parece irle muy bien...

—¿A qué se refiere?

—A que tiene su oficina donde vive.

—Ahorro para mi jubilación.

—Y parece que se le ha puesto brava la cosa...

Recorrió con su dedo el mentón, mientras sonreía con sarcasmo evidente.

—Usted no vino para hacer una apreciación estética de mi bello rostro, señor D’Halmar.

—Por cierto que no, señor Soto. Creo que aceptaré ese trago, después de todo... Me gusta su forma de hablar: parece que piensa tan rápido como habla...

El sujeto pretendía tener el control de la situación, a pesar de que su inseguridad se notaba más que un “caballo” en un concurso de Miss Universo. Parecía ser de esa clase de personas que, sin intentar pasarse de listo, poseía ciertos códigos que utilizaba para cerciorarse del sujeto con quien estaba tratando. Lo dejé ser, porque al final se trataba de un cliente, y si se deshacía de unos buenos billetes a mi favor, podría usarme de maniquí para una clase de dibujo si lo quisiese.

Fui hasta la gaveta donde guardo el pisco. Saqué un “Alto Morro”, pero un pálpito me llevó hacia el “Mistral”, que lo tenía bien guardado para ocasiones especiales. Esta no era una ocasión especial, pero el sujeto parecía tener respaldo, y a esa clase de clientes hay que tratarlos bien. Además, era descuidado.

—Esto le gustará—le dije.

Tomó el vaso, se lo llevó a la nariz y lo olfateó como si se tratase de un catador experimentado.

—“Mistral”—contestó con un dejo de placer—. Antiguo “Pisco Descontrol” antes de que “Rubik” se hiciera con los viñedos del Valle del Calqui... ¿Conoce usted la historia?

—Un pajarito me contó algo...

—Pero, ¿conoce usted la historia detrás de la oficial?—insistió.

—Mire, señor D’Halmar. Conozco la historia de lo que bebo. ¿Crearla? Eso ya es otro cuento. Sé bien eso de la uva envenenada, de los parientes del viejo colocados tanto en la compañía naviera que las llevó hasta “yanquilandia”, como en el banco donde los pobres infelices dueños de las viñas tomaron su crédito hipotecario que al final no pudieron cubrir, salvo con sus propias tierras... Pero, crearla como verdadera, es como creer que el diablo se aparece en el casillero donde “Concha y Toro” guarda sus vinos. Le aseguro que hay todavía un par de teorías que hablan de lo mismo, y son bien diferentes entre sí. Mientras no haya una prueba que conecte esos hechos, solo es mera coincidencia o especulación.

—¿Acaso no confía en su instinto?

—A diario. Pero, si no me encargan el caso, no es mi problema.

Me pareció que la respuesta le gustó, porque sonrió con satisfacción. Bebió un buen sorbo y lo disfrutó como si se tratase del elixir del día preparado por el hijo bastardo de Baco. No me pareció que fuese un sujeto nervioso, ni siquiera demostró estar inquieto cuando se presentó, pero ese trago sí que lo transformó en otra persona.

—¿Cómo sabía que me gustaría? Usted me dijo eso cuando me entregó el vaso.

—O tiene un enjuague bucal muy exclusivo, o se tomó un trago de esto antes de venir aquí. Me decanto por lo segundo. Quizás, lo hizo en el ascensor. De seguro lleva una petaca. El aroma del “Mistral” es distintivo.

—Usted sabe de piscos—dijo con la voz dubitativa, mientras se llevaba una mano a la zona de la solapa de su chaqueta de marca.

—Sé algunas cosas, pero no sé qué desea de mí.

—Usted iba a almorzar, creo que llegué en mal momento...

—Más bien voy en el “segundo acto”. Si se queda lo suficiente, le puedo servir un plato. Ahora, señor D’Halmar, ¿qué lo trae por aquí? Tenemos tiempo. Cuénteme los hechos, no omita nada, por favor.

3

El diablo bailaba tango en mi oficina cuando el señor D’Halmar se marchó. De hecho, fue el calor el que apresuró su ida, no me cupo duda. Dejó un fajo de

buenos billetes sobre mi escritorio junto con un paquete pequeño y rectangular envuelto en papel “craft” sellado con lacre. Me advirtió que no debía ser golpeado. También me dio una dirección.

No quiso darme un cheque, porque era posible que no quisiese ser rastreado. Delataba ser un sujeto muy desconfiado, a pesar de tratarse de un caso simple. “Caso simple” es un eufemismo que uso para referirme a los casos indignos. Este lo era. Ningún investigador serio se habría molestado incluso esperar a que el señor D’Halmar terminase su narración. La verdad sea dicha, no había que investigar nada. El león volvía a ponerse su peluca, y me pregunté hasta dónde sería capaz de aguantar. Lo cierto es que yo tengo más aguante que el famoso automático de mi departamento, pero todo tiene un límite, solo que yo no he llegado al mío todavía. Sin embargo, el dinero estaba ahí, y me aseguraba existir una semana más.

Con honestidad, hubiese preferido posar en pelotas para un grupo de estudiantes de arte de alguna universidad privada sin acreditar, que hacerme cargo de esto.

La premura del encargo justificaba el pago, no otra cosa. Los porotitos iban a esperar. Tomé una ducha rápida, las llaves del auto del velador, y una botella de agua del refrigerador.

Dudé, pero lo hice: dejé los indicios del caso en la libreta, y me marché. En verdad que adentro olía como si estuviese hirviendo mis calcetines.

El punto de encuentro estaba lo bastante alejado de cualquier estación del Metro, y tomar el Transantiago no era una opción. Tampoco lo era un taxi. Mi “Maruti” del “97” siempre sería más económico que cualquier otra cosa. Si quiero más economía que eso, ahí tengo una bicicleta. Mi “Monster Truck” debió jubilar hace muchos años, pero todavía tiene algo que dar. Tose como tuberculoso, como lo hacía mi abuelo paterno que en paz descansa, un minero de la vieja escuela que vivió con su silicosis hasta los 104 años. En fin. Mi “ex” me dijo una vez que si no me hubiese dedicado a esta mierda de trabajo, habría sido un “gran empresario”. Eso esperaba ella que yo fuera.

Un caso de mierda. Llegué a una plazoleta en el centro neurálgico mismo de una comuna santiaguina estigmatizada por la prensa y por sus propios ciudadanos, donde “pican las jaibas” tupido y parejo. La placita, como era de esperarse, estaba abandonada a merced de los elementos, con bancas pintadas todas con una mezcla de estilos posmodernos. ¿Quién dijo que Chile era un país de ladrones? Quien dijera eso, cometía una notable injusticia: también es un país de “genios” desconocidos.

Me senté a la espera de mi “contacto”. Esperé. Solo el Altísimo sabe cuánto esperé al bastardo arriesgando mi pellejo a cada segundo. Exagero. De pronto, un taxi se detuvo al otro lado de la plaza. De aquel bajó un muchacho con pinta de “elfo”, de esos que, cuenta la leyenda, habitan las zonas altas de la capital. Algo le dijo al conductor y este esperó con el motor andando. Miró hacia todos lados, y descubrió que yo era el contacto esperado, dado que no podían ser cuatro negritos que correteaban sobre el pasto seco, ni un par de ancianas que pasaban el frío del verano debajo de una escuálida sombra. Traía una mochila y sus jeans rotos a propósito para pasar por “cool”, y su andar resultó ser bastante dubitativo como para ser un buen “contacto”.

—Buenas tardes—me dijo con una buena dicción—¿Usted es el señor Soto? ¿Es el “señor Soto” que debía encontrar aquí a esta hora?

Observó su reloj y ni siquiera vio las manecillas.

—Si no esperas al de la pensión, pues, ese soy yo.

Con prisa, echando vistazos nerviosos hacia todos lados, abrió su mochila y esta se le cayó de las manos. Yo sonreí, pero su alma lo abandonó por algunos instantes luego de un respingo clamoroso. Con temor, se agachó, y desde el suelo procedió a sacar un paquete de semejantes dimensiones al que yo le traía. Este no estaba envuelto ni sellado: era una caja metálica en cuya tapa había algo parecido a un remolino de papel, de esos que venden los organilleros, de color negro y de tres aspas, dibujado a la rápida con plumón. Se quedó un buen rato observando la caja, la meneó con ojos desorbitados, y parece que encontró todo en orden, porque recuperó el color y sus ojitos de “príncipe feliz” volvieron a ser.

Se produjo el intercambio. Antes de marcharse, me telegrafió un mensaje para el cliente, y una advertencia para mí. El mensaje decía así: “dígame al señor D. que hubo problemas de último minuto, y que no alcancé a envolver el encargo”. La advertencia fue la misma que me hiciera el cliente, más una adenda tajante: “no la abra, por ningún motivo”.

Saqué un cigarrillo, lo encendí con parsimonia, y me quedé sentado sobre tan magna obra de arte metropolitano, aprovechando la brisa que ya se asomaba. Era tímida, pero lo suficiente como para que las viejitas se arropan con el “chal” que llevaban. Que triste es la vejez, me digo a veces. Por eso fumo como carretonero, tomo como mi abuelo materno que en paz descansa de quien heredé una inteligencia confusa, y trato de tomar un caso que me deje tieso tres metros bajo tierra, Dios mediante.

Cuando regresé a mi céntrica oficina, resultó que el señor “D.” me esperaba en el hall, y tenía cara de impaciencia.

—¡Señor Soto! ¿Tiene el encargo?

—Sí, buenas tardes. Aquí lo tiene...

Sus ojitos de pulga se abrieron como huevos de diuca.

—¿Lo golpeó? ¿Lo abrió?

Esas preguntas me resultaron de más. Le dije lo que me dijo el “serafín”, pero debí hacer un gesto involuntario demostrando mi malestar, porque de inmediato el señor D’Halmar se deshizo en disculpas. Le tomó un par de minutos rearmarse. Luego, me estrechó sus manos con efusividad, sacó un sobre de su chaqueta y me lo entregó. Palpé más billetes, y guardé silencio. Antes de marcharse, me dijo que estuviese atento, porque en cualquier momento podría llegarme otro encargo.

En mi departamento, abrí el sobre, y me di cuenta de que tendría para pagar la pensión alimenticia. Hace un par de semanas que no veía a mis cabros chicos, y no los vería por dos meses más, porque mi “ex” se los llevó al campo a pasar sus vacaciones... Les digo “cabros chicos”, pero son más altos que yo y se la saben por libro, y creo que el mayor va a una universidad cuica. Poco me habla de eso: se acostumbró a hablarme con el lenguaje del “chat”: “sí”, “bien”, “ajá”, “:).” Son buenos cabros, aún afectados por un matrimonio de mierda, pero sé que sigo siendo su padre. Eso no quita que a veces, cuando quiero sacarlos a pasear en mi lujoso todoterreno, hacen tiempo hasta que llega el novio “jutre” de su madre, con su verdadero todoterreno. En fin. No dejo de estar ahí, por si acaso.

4

Cada vez que veía la botella del “Mistral”, esta me decía con una voz de mujer, persuasiva y profunda: “no me abras, ni te atrevas”, “recuerda a la Nany, ella me hace chupete”. Gracias al señor “D.”, entre la noche del domingo y la madrugada del lunes, su voz se apagó. No fue una recaída. No soy alcohólico. Controlo el “delirium tremens” tomando a ratos. Y esa noche tenía mucho por qué celebrar, porque el caso resultó no ser tan “cagón” como lo suponía.

La noche invitaba con su tibieza a disfrutarla en soledad. Apagué las luces, abrí el ventanal de par en par, y me recliné en mi asiento para contar los aviones que remontaban el vuelo o arribaban en el fondo de la ciudad como si fuesen luciérnagas con síndrome de Asperger. La luna invitaba a trazar poemas con sabor a pisco. Solo unos metros me separan de la azotea, pero de

todas formas los sonidos de la urbe llegaban hasta mí y los percibía como si mis oídos fuesen astigmáticos.

La imagen de la “Nany” estuvo en mis pensamientos más sublimes durante todo el rato. Es que nadie lo hace como ella, ni me lleva como lo hace ella. Solo le basta apretarme por aquí, tirarme el aliento por allá, y a la carga otra vez. En verdad, no parece que fuese de este mundo. A mi me parece que cuando Zeus hizo a la primera diosa del amor, le echó mucha agua al molde y este debió aflojarse un poco. Con la experiencia, Zeus armó el que dio forma a Afrodita, dejando “la prueba” para mi deleite mortal. Buena onda el “Zeus”. Bueno. En realidad, la historia oficial no fue así. “Cronos” le cortó la “pichula” a “Urano”, la arrojó al mar y, claro, la huevada “flotó”. Y lo hizo por mucho tiempo, porque, ¿quién se iba a comer una “pichula”? Hoy es común y aceptado, pero imagino que habría sido “mal visto” en la comunidad acuática de entonces. Me imagino un tiburón diciéndole a otro: “*Mira, cómete esa hueá*”, y al otro contestándole: “*¿Y por qué no te la comí voh, conchetumare?*”. En fin. La cosa es que la huevada flotó dejando espuma a su paso, y de esta nació Afrodita. Pero me gusta la primera historia, porque no es más falsa que la original.

No sé. Con la “Nany” me pasó lo mismo que debió pasarle a Galileo cuando vio por primera vez la luna con su telescopio: el satélite no era liso como una pelota, tenía más cráteres en su cara que adolescente “manfinflero”... pero seguía siendo la luna.

No me di cuenta cuando la voz del “Mistral” dejó de escucharse. Solo me percaté de eso cuando, tres horas después del “apagón”, con mi cabeza pasada por cedazo, me despertaba el llamado insistente de ese cliente, el señor Montreal, el sujeto que buscaba a la “Chica de Ipanema”. Antes de contestar, me hice un “pilato” para recordarme que debía cambiar ese ringtone “maricón”.

—“*Señor Soto, buenos días. Tenemos que hablar.*”

—Adelante. Mi atención es suya.

—“*En persona. Venga al Starbuck de Manuel Montt en una hora. Es importante.*”

No me dejó mandarlo a la mierda. Colgó antes.

Me acabé las pocas aspirinas que tenía en la cocina. Una ducha rápida y medio frasco de enjuague bucal hicieron el milagro, mismo que hacía “Peñita” con “Canitrot” en la década de los “80”.

En el sitio mencionado, donde un café con tu nombre vale cinco veces lo que cuesta el mismo en el “peruano” de la esquina, encontré al cliente con cara de funeral. Estaba sentado en un sofá con pierna cruzada, tamborileando su rodilla y con su café sin tocar. Miraba su taza como quien observa un blanco. Hasta mí llegó su inconfundible aroma a “212 Vip”, el mismo que dejó “pasado” mi departamento la vez que me visitó. Se supone que con unas gotitas basta para dejar una estela de hombre de éxito de cien metros de largo, no es de esas colonias que uno se compra en la feria y que duran menos que un piojo en cabeza de calvo. En fin, supuse que el hombre se perfumó por los dos, y yo pasaría “piola”.

Antes de acercarme, me acicalé el pelo, aclaré la garganta, y adopté aires de solipsista al pedo. Cuando me vio, su actitud cambió de Las Condes a Lo Prado en un segundo.

—¡Señor Soto! ¡Me debe una explicación!

—Sí, por supuesto. Buenos días.

Le estreché la mano, y me siguió con titubeos. En verdad que se veía más turbado que nunca. Apenas sí me senté cuando volvió a la carga.

—Fuimos a la dirección indicada en su mensaje, y no la encontramos. ¡Peor aún!

—Nadie la conocía, ¿verdad?

—¡Exacto!

—Me parece lógico.

O se sentó sobre un pepino gigante sin que yo lo notara, o no le gustó lo que le dije.

—¿Le parece lógico? Usted cometió un error. ¡La puso sobre aviso!

—Espere un momento—le contesté—Bájese de la moto, señor Montreal. Hice lo que me pidió que hiciera. Usted fue claro y preciso al ordenarme primero que la encontrara, y lo hice; segundo, que le diera un mensaje. También lo hice. A lo mejor ese fue su error. Quizás usted creyó que con el mensaje la chica se intimidaría y lo esperaría con las piernas abiertas. Qué pena, no fue así. Para mí el caso se cerró.

Montreal se agitó por breves instantes. Sus palabras se atropellaban y salían desarmadas en bufidos de toro.

—Si la chica se arrancó, fue por algo que ya no me incumbe—rematé.

—Pero... Pero usted debió usar su “olfato”, debió intuir que ella huiría.

—Si yo fuera adivino, le haría su “carta astral”, “ñor”.

Tomó su taza, y bebió tanto como derramó en el plato. Ya quería ver que una gotita cayese sobre su refinado pantalón cuico de tela importada desde las indias más orientales. Por desgracia, eso no ocurrió.

—Mire, señor Montreal. Si ella escapó, fue por algo que ustedes saben, y que usted me ocultó de manera deliberada. Fui claro el primer día que llegó a mi oficina, cuando le dije que debía contarme los hechos sin omitir nada. Usted no confió en mi criterio y discreción, y la chica escapó. ¿Qué quiere que haga?

—Nada—contestó desalojando el aire del cuerpo, y era mucho aire.

Despedí a la camarera que llegó para tomar mi orden, y aproveché el impulso para despedirme del cliente. Ya no había nada más de qué hablar. Al menos, así me pareció, luego de ver que el gordo se sumergía en una reflexión gaseosa. Cuando me puse de pie, me detuvo sujetándome de un brazo. El viejo tenía su fuerza, lo admito. Si yo hubiese sido de esos que un día encontraron chico su closet, capaz que hasta lo hubiese “amado”.

—Su expresión: dígame qué vio en su expresión. ¡Es importante para mí!

—¿Su expresión?

—¡Sí! ¡Cada detalle! Su mirada... Su cara, ¿qué revelaba su cara?

Simulé reflexionar por algunos instantes. Debí estudiar teatro, porque el viejo me creyó cada mueca que hice.

—Tenía cara de que le gusta el “chino tuerto”...

—¡Hable en serio, por favor! ¡No sea idiota!

Se me enojó el viejo. Su enojo atrajo algunas miradas impersonales. Me deshice de la sujeción y lo encaré. El viejo se intimidó al instante:

—Ahora escúcheme, Montreal: los insultos no son gratuitos, se cobran aparte. Ella se asustó, pero eso duró lo que dura un suspiro. Fue su enojo lo que terminó por sacarme de allí, y eso lo describí en el mensaje que le envié a usted. No dijo nada más que lo que le dije a usted: me mandó a la mierda y se vistió. También le dije lo que pasó después. ¿Encontró a los matones?

El viejo negó en silencio mientras echaba vistazos avergonzados hacia la clientela.

—Si quiere saber dónde está la chica, ubique a los matones. Al parecer, ellos la protegen. Si quiere que yo lo haga, le costará: enfrentar una guadaña no es barato, se lo aseguro.

De pronto, el viejo resucitó. Me miró como quien observa a un chalado haciendo el “toni” en una esquina, y luego sonrió con un gesto de malo bien forzado. A decir verdad, su expresión era una mezcla entre “Donald Trump” y

“Darth Vader” con estitiquez. Hasta se parecía al primero con ese bisoñé de invierno peinado “a la cachetada”.

—Los voy a encontrar, ¡por supuesto!—me dijo, y la pera le tiritaba así como su amenazador dedo índice—Pero ya no lo necesito más. Usted es un inepto. ¡Un pobre huevón con aires de “Sherlock Holmes” pero que no le da ni para un “Lestrade”! ¡Está despedido!

—Sea bueno y envíeme el finiquito por correo.

Y me marché, y desde la puerta agregué a viva voz, con la intención de ser escuchado por la ilustre clientela:

—¡Y no se haga el “huevón” con las vacaciones proporcionales! ¿Eh?

5

Vaya manera de perder un cliente. El viejo tenía más respaldo que el sillón del “Doctor No”, pero era más turbio que el río Mapocho luego de una epidemia de cólera. Si solo quería encontrar a la chica, ¿para qué me insistió en que le diera un mensaje? Un mensaje bien raro, por cierto. “El tren está andando, pero aún tienes tu boleto”. Una mierda de mensaje. De seguro la “muñeca” se lo creyó al pie de la letra y tomó el primer tren al sur... “Los Prisioneros”. Esos matones la siguen a todas partes como perritos en leva.

Me fue claro que “Donald Trump” esperaba que, con su sola mención, ella volviera a lo que sea que se estuviese llevando a cabo. El viejo tiene pinta de ser un “cabrón” de lujo. Sin lugar a dudas maneja mucha plata, de lo contrario, no se bañaría en perfume caro. Pero le falta eso que tienen los cabrones que conozco: le falta “clase”. Hay que tener clase y bolas para ser cabrón. Las cabronas tienen las mismas bolas, incluso más grandes. En cambio, este viejo es medio cobardón, prepotente y “conchesumadre”. No me extraña que la “Chica de Ipanema” no quisiese saber nada más de él. Quizás el miserable no pagaba sus imposiciones. Vaya uno a saber.

No todo lo que brilla es oro. Según las evidencias, la “mina” cambió de “cabrón”. Prefirió a sujetos rudos que, aunque “pasados” a axila y a pote, saben defender lo suyo, que a un mariposón con pinta de presidente “gringo”.

Punto.

Por fortuna el negocio se sostiene solo, no necesita de influencias “especiales” como las del señor “Trump”. Decenas de matrimonios rotos avalan el éxito de mis investigaciones.

Con el consuelo de los tontos regresé a mi oficina, no sin antes depositar el efectivo para mis cabros. Con mi sueldo tan variable, me da pena que la justicia no pueda mandarme a dormir a la cárcel. Por fortuna, el sujeto que me

arrienda el dúplex demuestra una comprensión semejante. Si puedo estirar el chicle de aquí hasta el día en que salga de mi “depa” con los pies por delante, me consideraré un tipo feliz.

—¡Don Soto!

Una voz llamó mi atención a la salida de la “cueva” de “Alí Babá”. Era un “Aladino” sin alfombra.

—Llegaste a “placé”, Jimmy. Estoy más limpio que la consciencia de Cristo.

Se largó a reír como lo hacen los cínicos que se crían en las calles pero que fueron “delineados” a tiempo por un “Neruda”. Levanté mis manos luego de mostrarle el “conejito”.

—No pasa “ná”, “ñor”. A usted no le hago la “cochiná”...

Palmoteó mi hombro como si el bastardo fuese un amigo de años. Bueno, en verdad que lo conozco de años. De todas maneras, igual puse un ojo en mi billetera mientras que con el otro le prestaba toda mi atención.

—Más te vale. ¿Qué hay de nuevo?

—Trabajando.

—Tú deberías ser “detective privado”, Jimmy. Eres bueno encontrando personas. Conoces el ambiente.

—Náaaah. Me va mejor “viviendo” de las personas.

—Te van a volver a “echar el guante”, huevón.

Se encogió de hombros con un gesto despectivo bien choro. Lanzó un escupitajo hacia la calle, justo cuando pasaba un bonito BMW.

—Ya los “cacho” a todos estos huevones. Acuérdense que me enseñó el “mejor”...

Volvió a palmotearme el hombro. Aún no sé si puedo recibir eso como un halago o como un insulto.

—En la confianza está el peligro, amigazo.

—Náaaah. No hay drama don Soto. Un “yuta” encubierto trabaja “tiempo extra”, y entre los dos nos cubrimos la espalda. ¿Y? ¿Cómo le fue con eso de la “puta” cuica?

—“Asesora”, Jimmy. Respeta la profesión. Más o menos, no más. El cliente se sobreestimó y “cagó” como en la guerra. Es un “hijo de puta”. Si lo ves, dale mis saludos, aunque dudo que alguna vez se aparezca por aquí. ¿Tomaste desayuno?

—Náaaah. La mañana está floja.

Saqué un “bigotito” que guardaba en un lugar mágico de mi chaqueta y se lo entregué. Le sugerí que se comiera una “sopaipilla”. El Jimmy tomó el billete

de mil pesos (eso es un “bigotito”) y se lo guardó en menos de lo que dura un pestaño, mientras miraba a un par de “elfos” que caminaban en medio de “orcós”. Este huevón tiene el instinto del lince, y supe que los estirados podían seguir tranquilos aplanando el adoquín de la ciudad preguntando con la lengua atravesada por la esquina que dejaron atrás.

—¿Y cuándo me va a encargar otra cosita, “maestro”?

—Calmado, compañero. De repente “salta la liebre”.

Se despidió con una palmada en mi mano. La ciudad se lo tragó en breve.

Este Jimmy está “cagado”, pero no es su culpa, supongo. Si me quedara con lo que aparece en las noticias, sería de esos que pedirían la cabeza del huevón en bandeja de lata con pimienta y con sal de mar. Pero cuando se conoce la historia de algunos de estos granujas, la verdad es que en sus zapatos no se me ocurriría cómo volver a ser “decente”. Todo estaría en mi contra. Mientras no se ponga huevón, ni mande a un cristiano con su Creador, supongo que el equilibrio se mantiene en el universo. Es listo, el más listo de los “lanzas” que haya conocido, y eso lo hace un buen aliado si se sabe cómo manejarlo. Con él me puedo mover en la penumbra, y he aprendido mucho al respecto.

A veces, me siento como un “tira” de otra época. Los “tiras” viejos sabían moverse en la penumbra, conocían sujetos clave. Sabían cuándo aplicar “soft” y cuándo “mojar”. Un “tira” es un “policía”, y aplicar “soft” es “ponerse duro” con tu semejante. En cambio, “mojar” es todo lo contrario, y hasta se diría que es dar “platita” para comprar información. En fin. Decía que los “tiras” viejos conocían el Santiago de la noche, ese cuya extensión es el triple de lo que es el Santiago diurno. Cuando se pusieron huevones, y se confiaron a plenitud en el “método científico” y en la “alta tecnología”, comenzaron a hacer agua. Eso no lo vi, claro que no. Me lo dijo un amigo, “tira” viejo, uno que llegó al invierno ruso de su existencia preguntándose por qué quedaron tantos casos sin resolver, y otros tantos resueltos “a la mala”, si es que se entiende. No niego que tienen sus éxitos, así debe ser. El método y la tecnología trabajan bien después de todo, más aún si con ello resguardan la “cadena de custodia”. Pero el instinto es como el calafate del bote, suele decir el viejo. “Quíteselo, y la huevada se hunde”, remata. Supongo que el instinto del viejo “tira” se muere con sujetos como mi amigo, o se desmedra a favor de la suciedad política y económica.

Los tiempos son otros, y parece que yo llegué a “placé”, y nada saco con hablar mal de mis semejantes, menos cuando estos no están presentes para defenderse.

De vuelta en mi oficina, me puse pensador. Así estuve por un largo rato, sentado en mi escritorio, echando vistazos sin intención a las noticias en la Web por si había algo que me sonase a un posible trabajo. De más está decir que si el cliente no viene a Mahoma, Mahoma tiene que ir donde el cliente, por lo menos, a dejarle una tarjetita, “por si las moscas”, por si la oportunidad se da. Es una estrategia que me ha resultado en muy pocas ocasiones, pero me ha resultado, y eso es lo que cuenta. Del futuro de las tarjetas restantes, esas pobres olvidadas o desdeñadas, sé por ensayos experimentales que no han podido limpiarse el poteo con ellas.

Mientras miraba la pantalla, pensaba en el instinto, ese del cual tanto me ha hablado el viejo Chaparro. “Chaparro” es el apellido de mi amigo “tira”. No lo había mencionado, que pena. El instinto me decía que había algo hediondo en la historia del señor “Trump”, algo como un gato muerto en el sótano, o una “boleta ficticia”. Y es mentira que mi mente trabaja mejor con alcohol. En realidad, me produce amnesia. Es útil cuando quiero decir algo que de seguro dejará una cagada mayúscula, o hacer algo que “sano y bueno” sería incapaz de hacer. Después de todo, el alcohol es el maldito culpable, y mientras el ser humano crea que eso es así, estaré blindado.

—Aguarda “Sotito”: una noticia...

Los medios informativos actualizan sus noticias al minuto, por muy triviales que estas sean. Para eso tienen a un montón de “gomas” tras las computadoras, destrozándose el colon y redactando como el culo.

Revisando las “Páginas Sociales” de “El Mericumbio On Line”, me topé con un evento realizado hace tan solo un par de horas. Conozco a la vieja. La señora Valdivieso Montoya, una dama de alcurnia que siempre posa con su marido para cada fotografía, esta vez salió sola. Y no es nada de fea la veterana. De hecho, revisando... ¡Fue sola al evento! Que yo sepa, su fiel esposo no estaba enfermo, ni muerto. Tampoco estaba de viaje por algún congreso internacional. El sujeto es biólogo, tiene más doctorados que yo acreedores, y mi “Buitre” lo clasifica como un mamón de cuerpo completo “trota-living clase 4”, por la sencilla razón que el hombre ha llegado a posponer reuniones importantes en su trabajo por satisfacer los caprichos de la dama... No había mencionado que me hice algunas herramientas computacionales que me facilitan la “pega”. “Pega” es “trabajo”. Aunque esos conocimientos me ponen en ruta con los nuevos tiempos, debo confesar que es parte de un pasado que trato de olvidar.

Por desgracia, el buen doctor tenía una coartada. Algo pasó en su “pega”. “Buitre” me llevó a una noticia fresquita, recién salida del horno. La noticia venía con sorpresa: en la madrugada de hoy, alguien o un grupo de individuos entró en un laboratorio de investigación biológica de la Universidad Católica de Chile, liberó todos los ejemplares de experimentación, especies endógenas traídas de lugares remotos del sur del país, los cuales fueron devorados por los perritos con suéter que deambulan por el recinto, o por aves de rapiña. Una noticia de mierda si no fuese por la dramática adenda que la acompañaba: el “elfo” de la tarde del domingo con quien me encontré en la plazoleta, había sido asesinado en el hecho de un tiro en la cabeza.

Una luz se apagó en el mundo. Una pena. Esos huevones viven cientos de años. En fin, mi sorpresa fue mayúscula, porque mayúscula fue la coincidencia.

¿Quién mata a un estudiante de esa manera? Su nombre era Pablo Hemprich. Un sujeto brillante, hacía dos doctorados al mismo tiempo. Esa fue toda la información al respecto.

Debía conocer los vericuetos de ese caso. Tomé el teléfono para hacer una llamada urgente. Después de tres intentos, una voz pastosa acompañada de cavernosos accesos de tos logró responder al fin.

—¡“Profe”! Qué raro. ¿Aún vive?

—*“Hijo de puta morboso. Solo me llamas para burlarte. Ya te va a tocar. La longevidad corre por tus venas. El tiempo se encargará de ti...”* —tosió como si echara los pulmones por la boca— *“Pues, sí, aún estoy aquí. Entero.”*

—Hasta acá me llega la hediondez de su cigarrillo, carajo. ¿Acaso sigue fumando?

Un nuevo acceso de tos entre “puteadas” a medio escupir. De pronto temí que el viejo se me iba, pero resucitó.

—*“Mira infeliz. Desconecté esa huevada de cámara del computador. Si averiguo que volviste a poner tus “cagadas” en mi casa...”*

—Bájese de la moto querido viejo. Usted lo dijo. Lo estoy hueveando no más.

Chaparro guardó silencio. En lugar de palabras, me llegaron bufidos de rinoceronte acompañados de silbidos lejanos y cavernosos. Ya imaginaba las “puteadas” que circulaban en sus pensamientos.

—*“Te crees muy “chistosito”, ¿eh? Uno de estos días alguien te va a dibujar una sonrisa permanente.”*

—Alguien ya trató de hacerlo. Ahora baila tango con el diablo...

—“*Sí, claro. Suena rudo el mariconcito. Como si tú hubieses “boleteado” al infeliz. Ya. Estoy ocupado, así que dime qué quieres.*”

—El miércoles por la tarde quiero apagar la vocecita del “whiskacho” con usted.

—“*Eres un amor. ¿No te deja dormir?*”

—No, pues.

—“*¿Cuándo va a ser el día en que te busques tus propios “contactos”? No me queda mucho. Cuando me vaya, te vas a quedar solo.*”

—Su recuerdo me acompañará por siempre, maestro.

Largó una risotada, o una tos. No supe distinguir qué fue.

—“*Hablo en serio. No me quedan muchos hombres de confianza en la “Pescadería”. Todos mis amigos se han jubilado, y la mayoría están muertos.*”

—Usted salió porfiado. Debió morir hace veinte años.

—“*Sí, por supuesto. Tengo el mismo mal que tú. Ya te va a tocar, infeliz. Ya te va a tocar... Y vas a tener a un desgraciado chupándote el aliento, igual que tú lo haces conmigo. Todo se paga en esta y no en la otra. Te lo doy firmado.*”

—Ya. No se me ponga dramático. Lloraré si continúa atormentándome. Y es cierto. Necesito un “contacto”. Estoy siguiendo una intuición. Es fuerte la huevada. ¿Recuerda lo que me ha enseñado? Un hombre debe seguir una intuición y debe poner sus instintos y su intelecto en ello. No importa hacia donde lo lleve a uno, tarde o temprano terminaré en los hechos, terminaré llegando a la verdad...

Tardé en darme cuenta de que hablaba solo, como los huevones. O se olvidó que hablaba por teléfono, o se quedó dormido, o peor, estiró las patas “de una”. Pocas veces he sentido ese temor pegajoso de la pérdida irreparable. La última vez que la sentí fue cuando mi matrimonio se fue al diablo. Exagero. Pero cualquier cosa podría estar pasando al otro lado de la línea. Miré hacia mi computador, y recordé que me encontraba impotente. Cuando ya me empezaba a preocupar por la tardanza, ruidos de vida, lejanos, llegaron hasta su auricular.

Volví a sentir su respiración fatigosa.

—“*Fui a mear. ¿Qué me decías?*”

—Necesito que le sobe el lomo a Gálvez o a Peña.

—“*¿Tienes un caso interesante?*”

—Algo así.

—“Debe ser bueno, o no te ganarás su respeto. Gálvez vino ayer. Me trajo un licor de señorita de regalo. Quería que lo asesorara en un caso bien huevón que le asignaron.”

—Ese todavía no sabe lo que a usted le gusta.

—“Es considerado, eso cuenta. Igual que Peña. Cuando vino a verme la última vez, me ha traído un paquete de galletas de Argentina.”

—Pero si ya no le quedan dientes.

—“Me las como con leche, insolente. Yo te podría contactar con Gálvez. Peña es timorato. Cuida su “pega”. Gálvez aún ama el recuerdo de la amistad de su padre conmigo. Me admira, en verdad que me admira.”

—Yo también lo admiro, “profe”. Y lo quiero.

Un nuevo acceso de tos. No supe si lo hizo a propósito porque no quiso “cagarse” en mis palabras, o en verdad ha estado fumando demasiado.

Después de eso, se despidió y cortó. Algo en mi pecho quiso apretarse.

—¿Por qué desconectaste esa cámara, viejo testarudo?

7

Lo cierto es que no puedo hacerme de contactos en la PDI, porque ni siquiera me miran por sobre el hombro: para ellos, no existo, solo soy un civil que se las da de investigador. Un estorbo al que no toman en serio. Si no fuera por Chaparro, ninguno de los mencionados siquiera contestaría mis llamadas.

Como no había nada interesante en la Internet, salí a aplanar las calles de esta hermosa ciudad, con la intención de ir a la “Pescadería”. Si hay algo que caracteriza al viejo Chaparro, es su nobleza. De seguro, a esta hora ya estaría hablando con Gálvez, y el “hombrón” estaría esperándome con las piernas abiertas.

Cuando llegué al hall del edificio, el conserje llamó mi atención y señaló que había dos “señores” esperándome. Me hizo un “sigue mi gesto” y ahí estaban los caballeros, sentados en el sofá que justo quedaba fuera del ángulo de visión del ascensor, detrás de un pilar. De inmediato se pusieron de pie. De inmediato los reconocí.

Neruda me estrechó su mano de manera afectuosa. El otro solo me hizo un gesto de “choro”.

—Señor Soto. No es difícil encontrar su “pensión”. ¿Se da cuenta?

—No le fue difícil, porque aquí trabajo. Ya sabrá a qué me dedico.

—Por supuesto. Todo se sabe.

El rabioso que lo acompañaba se hizo el “choro” escupiendo sobre la baldosa. Huevón asqueroso: tomó impulso, y hasta salieron restos de su cerebro junto con el escupitajo.

Harto linda estaba la baldosa, parecía espejo. Que falta de respeto con los haitianos que se esmeran día a día porque así sea. Me acerqué al académico mientras me aclaraba la nariz.

—Oiga, “maestro”. Esta gente por menos llama a los “pacos”. No creo que quiera “yutas” por aquí.

Neruda se volvió a su discípulo.

—Oye, huevón. Limpia esa huevada. Estás en un lugar decente.

El sujeto creyó que le estaba tomando el pelo, pero un solo gesto silencioso y amenazador por parte de su jefe lo obligó a sacar un trapo mugriento que mantenía escondido en el bolsillo trasero de su pantalón. Eché un vistazo al conserje, y este como que se hizo el huevón, muy atento a las pantallas de seguridad que jamás ha inspeccionado en su “puta” vida.

—Enséñele a pasar “piola”, “iñor”—le dije tratando de distender la maldad que sea que estaba germinándose—¿Viene para que averigüe si le “ponen los cuernos”? Porque a eso me dedico, ya que “todo lo sabe”. Y a propósito de modales, yo tengo un “socio” que es como su “sobrino”, a quien le he enseñado un par de trucos...

Deslizó su chaqueta unos centímetros para mostrarme el “trabuco”, su revólver, que mantenía escondido entre la camisa y el pantalón. Me pasé una mano tensa por el mentón. La cicatriz comenzó a cosquillearme.

—Le ilustro compañero: ya no trabajo en el caso. Se acabó esa misma noche...

—Eso lo veremos.

—Si quiere hablar, vayamos a mi oficina...

Neruda puso su mano amistosa sobre mi hombro, guiándome hacia la salida. Miré de reojo al conserje, justo cuando este botó un lápiz al piso para agacharse a recogerlo. “Aprieta el botón de pánico, maricón”, le dije usando mis extraordinarias facultades telepáticas. Pronto acepté que el “goma” del edificio no podía hacer otra cosa que hacerse el desentendido. Vive al otro lado de la ciudad, y haga lo que haga, aún tiene que atravesarla para llegar a su casa sin un justiciero que lo proteja. ¿El Altísimo? No se mete en huevadas. Él está para cosas grandes: evitar invasiones alienígenas, desviar asteroides en curso de colisión con la Tierra, cosas así.

El “goma” presionó un botón, aunque no era el que yo esperaba. Sonó la apertura eléctrica de la mampara de salida, y un “que el Señor los proteja y que el diablo no meta su cola” clamoroso y esperanzador llegó desde nuestras espaldas. Neruda le agradeció con suma cortesía, respondiendo a los buenos deseos del “goma” con un “a usted también hermano”.

Le creí. Juro por Dios que le creí el gesto. No obstante, aquello no desdibujaba la realidad. Tanta seguridad, tanto acceso con huella dactilar, tanta cámara espiándote hasta el “ojete”, y es mierda de la mejor calidad. Solo sirve para que la gente no meta ruido pasadas las tres de la mañana. ¡Qué fácil es secuestrar a un “cristiano” en esta ciudad!

Salimos abrazados como si fuésemos amigos de años. En la esquina nos esperaba un automóvil. Un Toyota blanco cuya patente no pude observar, o sea, uno entre cien mil.

Al volante estaba el chef. Neruda me abrió la puerta y quedé en medio de los dos rufianes en el asiento trasero.

—¡A la “bati-cueva”, Alfred!—le dije al conductor, usando el acento shakesperiano de Adam West.

—¡Me encanta su sentido del humor!—me dijo Neruda, usando un orgullo falso—. Se ve como un “gallo choro”. Pero yo creo que es de “cartón”.

Entonces, sacó su revólver 38 especial y se lo puso en la mano izquierda, listo para dar un “fierrazo”. Mientras lo hacía, el “auquénido metamorfoseado parlante”, o sea, la “llama” escupidora, me ató las manos con un cordón de zapatillas.

Iniciamos la marcha. Alfred condujo como si fuese un santo al volante. Nadie se tomó la molestia de ponerme una venda sobre los ojos. Eso me dio un par de indicios no muy esperanzadores, y supuse que el “coludo” había metido su cola hasta el coxis en este asunto.

—¿Quiere que me haga el dormido?

—No será necesario.

Avanzamos por... dimos vueltas por varias calles, y supuse que lo hicieron con la intención de marearme. Incluso, volvimos sobre algunas por donde ya habíamos circulado. Cuando ya estaba a punto de decir un comentario jocoso a costa de tan burda maniobra, nos metimos en la autopista con dirección al sur. Entonces supe que la maniobra no era tan burda: se aseguraron de que nadie nos estuviese siguiendo.

No hubo conversación durante el trayecto. Tampoco quise hacerme el simpático. Preferí aceptar lo que fuera con dignidad.

Cuando pasamos el pueblo de Nos, la “llama parlante” me puso una venda en los ojos. Solté el aire por el alivio que esa simple acción me produjo. Sin embargo, una ligera humedad sobre mi ojo derecho me reveló que me había vendado con su trapo mugriento.

—Tengo una muestra de tu ADN—le dije.

—Métasela en el culo—me contestó.

Neruda se “cagó” de la risa. Avanzamos unos quince minutos más, hasta que sentí que viramos hacia la derecha. Nos detuvimos en algunas ocasiones, pero en dos de ellas fue por semáforos, y el resto, fue puro “emborrachamiento de perdicez”. Luego, rodamos sobre un camino de tierra. Habrán sido sus diez minutos de trayecto, hasta que nos detuvimos luego de un “viraje de laucha”.

Me desataron. Cuando abrieron las puertas del vehículo, el olor a “rodilla” retrocedió en favor de una penetrante brisa de campo. “Olor a rodilla” es el promedio de olores entre “patas” y “culo”. Sin embargo, aún debíamos estar en un lugar reconocible, porque no me quitaron la venda sino hasta que escuché la puerta de la casa cerrándose de un golpe a mi espalda.

Las ventanas estaban cubiertas con cortinas gruesas, y la luz estaba encendida. Los muebles delataban descuido, porque una capa de polvo los cubría. A pesar de eso, aún no olía como la tumba del rey “Tut”. Los cuadros, cinco en total, eran litografías de paisajes o naturaleza muerta. Había hasta un “Niño llorón”. Naturaleza “muerta”, “niño llorón”, todas ellas “señales”... ¡“Shyamalan”, sal de mi cabeza y de mi corazón hijo de puta!

No había fotografías, ni nada que pudiese darme alguna pista de lo que sea. Corrijo. Dos sillones de cuero color café, roídos en sus bases, me indicaron que la casa había recibido la visita de algún político en el pasado. Me senté en uno de ellos. En un sillón. Además, con una mesita de centro con barniz desgastado y una mesa familiar vacía con siete sillas de “retail”, formaban en conjunto el “hogar dulce hogar” de los hampones.

—¿Cuándo voy a conocer a “Blanca Nieves”?

Los tres cruzaron miradas y sonrieron, y luego, guardaron silencio. El chef desapareció por el pasillo, anunciando que iría a mear. “¿Quieres que te la sacuda?” le preguntó la “llama parlante”. Sí, es cierto. El chiste es más repetido que la retransmisión de Bombo Fica en el Festival de Viña, pero así fue en realidad, y no todos son tan creativos como este servidor. En fin. Los granujas guardaron silencio hasta que este reapareció subiéndose el cierre del pantalón. No se lavó las manos.

—¿Y a qué se debe esta reunión de amigos?—le pregunté—Pudieron avisarme con tiempo. Habría traído “copete”...

El silencio fue la única respuesta.

—¿Me van a hacer preguntas? ¿Esperamos a “Blanca Nieves”? ¿O me van a “boletear”?

—Calmado, compañero—me dijo Neruda—. Aquí nadie piensa “boletearlo”, por ahora...

Luego de echar un vistazo a su reloj, fue a la cocina. Escuché golpecitos de vasos, y volvió con dos llenos con un líquido transparente.

—Espero que sea vodka—le dije.

Neruda sonrió complaciente. Me entregó uno, y mis deseos se convirtieron en realidad. Me lo bebí al seco, pero el viejo ni siquiera tocó el suyo. “Ahuevonado”, me dije al instante.

Un vehículo se detuvo afuera de la casa. A juzgar por el ronroneo del motor, debía tratarse de un vehículo grande, una van o una camioneta “familiar”, de esos que por lo general conducen las señoras “cuicas”. “¿Te falta pene, querida? No importa mi amorcito: aquí tienes un Monster Truck”. Reí con ese pensamiento absurdo. No sé por qué afloró en ese momento. De hecho, ideas alocadas comenzaron a rondar por mi mente, y lo hacían en aparente descontrol.

Me fue claro que me habían drogado. Los tres estaban muertos de la risa cuando entró la “Chica de Ipanema”. No sabía si lo hacían porque me veía chistoso, o porque mi neurona parlante traicionaba mis pensamientos.

Con ropa no se veía tan “rica”, pero la veía rodeada de un aura policroma, como si ella fuese “My Little Pony” bajando desde su arcoíris. Neruda parecía un búho con toga y sombrero maricón de licenciado de universidad “gringa”. Los otros, solo eran mierdas. Entonces lo supe. Era un suero de la verdad. Me sentí confiado, porque de su caso nada importante sabía.

Después de esas visiones extraordinarias, quizás me hicieron preguntas. Recuerdo palabras sueltas, balbuceos o extraños ecos reverberando en mi cabeza. Recuerdo risas, tanto propias como ajenas, y luego, una sesión de masaje facial y estomacal. Recuerdo que me reía mientras me masajearan. Y hasta ahí llegaron mis recuerdos.

Cuando desperté, estaba en mi departamento. Después de lo ocurrido en el hall, ni me pregunté cómo habían podido meterme en mi propia cama. Como es lógico, mi cuerpo estaba apaleado y mi cabeza flotaba en medio de una nube gris oscura, como el cielo de Santiago en el peor de los inviernos más

secos. Creí que si me movía, mi cerebro terminaría entre ambas almohadas. Un manchón de sangre adornaba la almohada en la zona donde estuvo mi boca, y un extraño malestar en las nalgas impidió que me moviera en un primer momento.

Temí que hubiese ocurrido lo peor. Temí haber perdido como en la guerra. Temí una violación. Me levanté como pude. Las lágrimas quisieron aflorar, pero las contuve. Fui al baño y me percaté del resultado de la sesión de masajes. Casi no me reconocí. Soy una obra de arte viviente. Me convirtieron en una “instalación” ambulante. Me faltaba una muela. No importa, estaba careada. Pero cuidaron de no quebrarme la nariz. Que considerados.

El siguiente paso tuve que reflexionarlo por un largo rato. Cuando creí estar preparado, con mucho cuidado me bajé el pantalón, con el objeto de auscultar el alcance del daño indigno infringido a mi honra. Sentimientos encontrados inundaron mi ser, una mezcla de vergüenza, rabia y alivio. Entonces, lloré y reí al mismo tiempo, pero motivado por el sentimiento de alivio que se impuso. A continuación, con extremo dolor y con el pulso de un verdadero cirujano cerebral, tuve que extraer mi querido lápiz metálico del culo.

El maldito había cumplido su promesa. Neruda era un hombre de palabra. Un “conchesumadre”, pero de palabra, después de todo.

8

Okay. No fui violado. De lo contrario, el lápiz se habría caído solo, supongo. De todas maneras, por el resto del día estuve guardado como árbol navideño en agosto. También tuve que estarlo el día siguiente. Cuando al fin pude moverme con cierta libertad, encendí mi teléfono, y abrí las ventanas. Durante todo ese tiempo solo bebí agua. Sentía la boca seca, la cabeza con una resaca de campeonato de vodka, whisky y ron, y un miedo horrendo a defecar.

Tampoco robaron nada. Mi computador seguía ahí, sobre el escritorio, y mi revólver estaba en la cajonera de la cocina, donde debía estar. Fue un trabajo limpio, de profesionales. Su intención solo fue darme un mensaje. ¡Y qué mensaje! No quiero pensar cómo sería una carta de tres carillas, o un libro.

No obstante, aparte de mi dolor físico y moral, hubo otro damnificado. Ya no veía a mi querido “Parker” con punta de oro como lo hacía antes. Le vi un rostro, y le vi feliz. Maldita pareidolia. Desde ese momento, volví al humilde “Bic”, y al “Parker” lo dejé relegado en la oscuridad de la cajonera de mi velador.

Revisé mi teléfono, junto a mi segunda taza de café. Tenía un par de llamadas perdidas de números desconocidos, más dos de Gálvez y una de Chaparro. Las

de Gálvez se dieron entre la tarde del lunes y la mañana del martes. Chaparro me llamó durante la noche de ese día.

Desperté a mi computador. Comprobé que era miércoles, y que le debía el whisky al viejo.

Me puse el “matagatos” en la cintura, donde la espalda pierde su nombre decente. Ya no volvería a salir sin él. En el hall, otro “goma” ocupaba el puesto de conserje. La pregunta suspicaz no se hizo esperar.

—¿Qué le pasó?

Le pregunté por su compañero, y me contestó que aquel había renunciado el día anterior. “Problemas familiares” dice que presentó como excusa el pobre hombre.

Muy loable será el trabajo académico de Neruda, moldeando y controlando el salvajismo de esos rufianes, pero ese maldito me las iba a pagar de todas maneras, él y esos hijos de perra que tiene como pupilos.

Chaparro vive en Ñuñoa, en una casa que mantiene a medio flote perdida en algún punto de la calle Jorge Monckeberg. El hombre vive solo, como sucede con los “muchogenarios”. De hecho, sobrevive a sus hijos, quienes murieron de viejos. Hasta allá llegué con mi todoterreno, al cual dejé pastando en el frontis.

Cuando abrió la puerta, un gesto de sorpresa seguido de una risa cavernosa precedieron a la pregunta de rigor.

—Pero, ¿qué te pasó?

Solo le devolví mi nueva sonrisa “Pep”.

No voy a explayarme en los detalles de su casa, porque no vale la pena hacerlo. Además, le debo lealtad. Solo diré que cruzamos el living y el largo pasillo. Caminamos respetando su límite de velocidad, no vaya a ser cosa que de pronto se nos cruzase una “laucha” y no alcanzamos a verla.

Llegamos hasta la habitación donde lo tiene todo, su escritorio, un par de sillones desvencijados de los cuales él se reserva el más cómodo, una mesita de centro, incluso una cocinilla de camping de doble fogón montada sobre un mueble de cocina de soltero, bien ubicada cerca del ventanal que da al patio, donde por obra del Altísimo el hombre aún puede mantener el jardín en buen estado.

De hecho, si se respira algo de frescura en ese lugar, es por la brisa que durante las tardes la trae desde el patio.

La habitación es la más próxima al baño. Una biblioteca con muchos libros y algunas carpetas divide la sala de estar de su cama. Sobre las fotos de su

extinta familia, un reloj “cucú”. Un aparato viejísimo, con algunas piezas de madera petrificadas. Aún marca el paso del tiempo, y creo que es un verdadero milagro. Solo una vez al año logro escuchar al pajarraco. En fin. A pesar de la precariedad, el orden se respira en ese lugar, y revela una mente lúcida y una voluntad a toda prueba. Con eso, él vive feliz.

Un detalle interesante se asomó apenas entré al lugar: no había ni rastros de olor a tabaco. Chaparro se tomó la molestia de no fumar durante un día entero, y de airear la casa, solo para que yo no lo hueveara. Notable.

—Toma asiento y cuéntame. ¿Puedes sentarte, verdad?

Sonreí por cortesía.

—Pero antes, ¿una copita?

—No, gracias. Por ahora, ¡paso!—le dije, y levanté mis manos—. Se la traje a usted.

Tomó la botella, agradeció con un estrechón de manos, y fue por un vaso. Como se mueve lento, muy pausado, aprovechó el periplo para conversar.

—Gálvez vino a verme ayer. Me dijo que te estuvo esperando, y tú ni siquiera le respondiste las llamadas. Andaba con un ají “cacho de cabra” metido en el culo, pero logré apaciguarlo... Ahora entiendo la razón. Te molieron a palos, y me gustaría saber por qué.

—Gajes del oficio.

Se tomó algunos segundos para sentarse. Por muy cómodo que fuera su sillón, no se dejaría caer por ningún motivo. A su edad, podría quebrarse la cadera tan solo con tirarse un pedo con “restricción vehicular”.

—¿Te pillaron haciendo una de esas “mariconadas” que acostumbras hacer?

—Trabajo, “profe”. Eso es lo que acostumbro hacer. Trabajo honesto, para ganarme la vida. Y sobre esto, más bien fue un caso que se salió de las manos. ¿Recuerda el caso de la “cuica” perdida?

El viejo ensombreció su expresión.

—¡Claro que lo recuerdo! Si hablamos de eso la semana pasada. ¿Qué pasó con ella? Se suponía que solo debías encontrarla y darle un recado. No veo peligro en eso.

—Y bueno...

—De hecho, jamás te “mojas el potito”. Nunca te arriesgas. ¡Y no me gusta nada! ¡A nadie le gusta!

—Es por “esto” que prefiero esos casos, o “mariconadas” como usted tan despectivamente les dice—le dije, mostrándole la nueva y rara hermosura de mi rostro posmoderno.

—Tienes tremendo potencial—continuó, obviando mis palabras—Lo desperdicias en “casos de mierda”. Lo único que logras con eso es “cagar” familias completas. Y es más peligroso de lo que te imaginas: una venganza podría llegar a ser criminal. ¡El karma! Es el karma el que te alcanzó esta vez.

—Yo diría que me topé con algo muy turbio, y los que me hicieron esto creyeron que yo sabía algo más. Creo que el “mensaje” ocultaba una amenaza de muerte: “el tren está andando, pero tienes tu boleto”. Quizás la amenazaba con “boletearla” si no volvía con él, ¿quién sabe?

Se tomó un tiempo para servirse una copa en silencio. La tos endemoniada intentó desarmarlo, pero se rearmó al instante luego de beber un buen sorbo.

—... Me aplicaron un suero de la verdad, luego algo de “soft”, y me dejaron acostadito en mi cama abrazado a mi osito de peluche, como “Mr. Bean”.

Su rostro adquirió una viva expresión de sorpresa.

—¿Entraron a tu departamento? Eso sí que es peligroso. ¿Se llevaron algo?

—Nada.

Meneó la cabeza, e hizo un gesto de aprobación.

—Profesionales. Tuviste suerte.

—Uno de ellos lo es. Los otros son “carne de plomo”. Tienen una “caleta” cerca de Buin...

—Podría ser una casa abandonada, abierta solo para el evento—intervino.

—Estaba todo polvoriento, así que sí, es posible. Pero se tomaron muchas molestias para que no reconociera el lugar. Me llevaron hasta allá con la vista vendada. Es un campo donde se respira frescura, seguro que debe ser una parcela...

—“Suero de la verdad”—reflexionó con efecto retardado—ahora es fácil hacer esas cosas. La fórmula se puede encontrar en Internet, ¿no es así?

—Por supuesto. Luego de drogarme, llegó la “Chica de Ipanema”, y todo se volvió nuboso desde ese momento.

—¿La “Chica de Ipanema”? La “asesora cuica”. Bueno. Estás vivo. Te dejaron vivir, eso es lo que cuenta. Será mejor que olvides esa experiencia...

Su rostro experimentó alivio. Sus ojos brillaron y de pronto su expresión se encendió como la de un niño en navidad. Mientras tanto, yo llenaba un vaso con agua, en tres ocasiones.

—¿Querías un contacto por este caso?

Negué en silencio. Me quedé con las palabras en la boca.

—Te tengo algo interesante. Te puede dar unos puntitos...

—Con que me de para alejar a los buitres a fin de mes, estoy conforme.

—Necesitas foguearte para que tus facultades no se oxiden, y para ganarte algo de respeto en el ambiente. Mientras lo revisas, puedes seguir haciendo las “mariconadas” que haces. Al fin y al cabo, adúlteros hay por montones. ¿O me equivoco?

—Me abro las piernas ante usted, “profe”. ¿De qué se trata?

—Gálvez me contó acerca de su caso, y accedió para que tú participes como asesor externo.

—¿Usted se lo pidió?

Contestó con un silencio de triunfo, con la expresión del novato que tiene un “póker” de ases en su mano.

9

Me despedí del viejo querido. Lo dejé con tres cuartos de botella y con su vocecita haciéndole compañía, y dirigí mi “Monster Truck” hasta la “Pescadería”. El “mal” se había ensañado con las instituciones de educación superior más importantes de Santiago durante el fin de semana. No solo habían cometido el vandalismo del laboratorio de la Universidad Católica, con un “elfo” y varios roedores asesinados, sino que, además, el domingo en la mañana habían desvalijado otro laboratorio, esta vez, de Física, pero de la Universidad de Chile, aunque en el hecho no resultó nadie muerto.

Admito que mi “Alma Mater” es tan “rasca” que ni para asaltos es considerada. Eso me llenó de orgullo y satisfacción.

Ahora, el “mal” estaba ahí, había vuelto a la “Academia” y estaba armando un juego de “Go”, y Gálvez era el “John Nash”, la “Mente Brillante” asignada para ganarle la partida.

Cuando llegué al cuartel de investigaciones en Condell, otrora una bella casona de estilo ahora transformada en un fortín adefesio, estacioné en el área de visitas, dejé mi “matagatos” en la guantera, y en el hall esperé a que el “señor” se desocupara. Sus compañeros que pasaban por ahí no podían despegar la vista de mis horrendas facciones. Cuando se dignó a aparecer por la recepción, me miró para abajo.

—¡Soto! O “Columbo” después del solarío... Pero, ¡Por Dios! ¿Qué mierda te pasó en la cara? Puta la “hueá” huevón...

—La “Nany” tuvo un clímax complicado.

Se quedó ahí, de pie observándome por algunos instantes, aguantando una expresión mezcla de risa y curiosidad.

—Puta la “hueá” huevón... Puta la “hueá”...

—Ya. Manoséate el “chinito cegatón” mejor—le dije mientras le hacía el quite a su mano porfiada y me aclaraba la nariz—. Hablé con el “profé”. De hecho, vengo de su casa.

—Sí. Acabo de hablar con él. Me explicó por qué me dejaste esperando como los “santos huevones”. A grandes rasgos, eso sí. Esto es una verdadera sorpresa...

Me invitó a pasar a su oficina, un cuartucho que en sus dimensiones es como la mitad de la mía. Claro que él solo trabaja ahí. Me sirvió un café sin preguntarme si quería uno, y yo se lo acepté sin darle las gracias.

—Supongo que estás enterado de blah blah blah, y de blah blah blah... Resulta que ese estudiante, el tal Pablo Hemprich, es el nexo entre ambos casos: él era tesista y ayudante del profesor a cargo del laboratorio de “la Chile”, un profesor de apellido Aldunate, mientras que en “la Católica” era solo tesista. El joven fue asesinado en este último lugar.

—Eso es nuevo para mí—le dije.

—¿Que fuera asesinado?

—No. El nexo. Es curioso. ¿Qué más tienes?

—Blah blah blah...

Puras huevadas. Gálvez no tenía nada. Desmantelaron ambos lugares, eso ya lo sabía. Lo que no sabía, era que en “la Chile” habían robado tres computadoras portátiles, un analizador espectral, y algunas muestras. Las computadoras pertenecían a estudiantes que las habían dejado ahí por seguridad. Mientras, en “la Católica”, con el triste fallecimiento de los roedores, otros tantos perdieron sus investigaciones de años, truncando sus tesis doctorales, quedando de brazos cruzados.

—¿Para qué querrían un “analizador espectral”?—le pregunté—Suenan caro. ¿Pueden “mover” algo así en el mercado negro?

—Yo partiría por saber qué mierda es eso...

—“Googléalo”...

—...Estoy seguro que es una buena pista. El resto del robo, imagino que fue para despistar. ¿Qué opinas?

—No lo sé. ¿Quién lleva el caso del homicidio?

—Córdova y Catrileo. Catrileo es nuevo, recién egresado. Un “pollo”...

Me “chupaba un huevo” que el tal Catrileo fuese un recién egresado. El asunto del homicidio me era más atractivo por lógica, y la liberación de los especímenes me resultaba más acorde con la idea de una distracción, suponiendo que el móvil de todo eso hubiese sido el asesinato, aunque no

podía anticipar nada todavía. Pero, por desgracia, Gálvez tenía el caso más huevón, tal y como lo dijera Chaparro.

—¿Aún tienen acordonado el sitio? Me refiero al de “la Chile”. Me gustaría verlo.

—¿Para qué? Ya revisamos todo.

—No lo sé... Es una intuición. Recuerda que la distancia relaja la vista.

—Ese es Chaparro hablando a través de ti—me dijo con aires de reproche.

—En realidad, es de un tal “Menotti” que tiene un sobrino “raro” que dice irá al planeta “Marte” dentro de diez años. Lo del “profe” es la “intuición”. Da lo mismo. Solo quiero verlo.

Gálvez bebió su café de un solo sorbo, y se levantó por otro sin quitarme la vista de encima. “Choro”, el “Humphrey Bogart” de la PDI. De hecho así le dicen sus camaradas más antiguos. Tenía un cierto aire a ese legendario actor más conocido por su personaje de “Rick” en “Casablanca”, un “qué se yo”, un modo de subirse a la “micro” que lo asemejaba demasiado. Pero, si seguía tomando café de ese modo, pronto su colon se iría a la soberana mierda, sea o no descafeinado.

—Tú no eres un detective profesional—dijo mientras revolvía su café—. No veo qué podrías hacer que nosotros ya no hayamos hecho.

Ahí estaba el verdadero Gálvez. Se había tardado. Pero, igual el bastardo no dejaba de tener razón.

—Yo no me crié en el nido que ustedes tienen en “Pajaritos”. Hice un curso “on line”, lo reconozco. Pero, el “profe” cree en mí, y tú le crees.

Su expresión cambió de Puente Alto a Providencia en un instante.

—Sí. Tienes razón, Sotito. Me pregunto por qué te cambiaste de rubro. ¿No estabas bien en “informática”? Se gana buena plata ahí.

—Me sentía como Simón Bolívar en Star Wars.

—¿Qué raro! Si yo supiera lo que tú sabes, ni cagando me habría cambiado solo para vivir pellejerías. ¿Y “detective privado” más encima?

—Es bueno. Se conoce gente...

—Y te “sacan la chucha”. ¡Ya veo que sí! Oye, tú tienes ese programa que hiciste para encontrar casos, ese... ¿“Buitre”? ¿Así le llamaste?

—Exacto.

—Un buen nombre—dijo, y suspiró como princesita enamorada luego de besar el sapo—Chaparro dice que es genial para relacionar información publicada en Internet. Me gustaría comprobar eso. No es que no le crea al maestro...

Ahí estaba otra vez. La razón por la cual aceptó incluirme como “asesor externo”. Chaparro se había ido de lengua sobre el asunto, y bueno, yo no le dije que era un secreto. Cuando pudo se lo contó a toda la tralalada que lo va a visitar, entre ellos a Gálvez.

Cuenta la leyenda que cuando Galileo hizo su telescopio y demostró sus cualidades observando a la vecina “milf” de la casa de enfrente, entusiasmado, Kepler le pidió uno. Galileo dilató la respuesta, y luego se hizo el huevón mandándole anagramas maricones que el alemán no pudo descifrar. Así pasaron años. Supongo que el florentino cuidaba su negocio. Yo también cuidó el mío.

Fuimos hasta el campus Gómez Milla, en Ñuñoa, y lo hicimos en una camioneta institucional. En el camino, le dije que encendiera la baliza y la sirena, y me mandó a la mierda. Entonces, le prometí una copia del “Buitre” si lográbamos descubrir al asesino de Hemprich. Detuvo la camioneta, y me miró con cara de incertidumbre. Me preguntó si le estaba tomando el pelo, en su versión chilena, claro, y le contesté que la intuición me llevaba a que ambos casos estaban relacionados. Torció la jeta, y reanudamos el viaje.

Encontramos al doctor Aldunate quien, luego de una espera de veinte minutos sentados en el sofá del hall de la facultad, apareció vestido de “quemador y mecha”, ostentando un ridículo corbatín, como esos científicos que salen posando para las fotografías de los años “20”. Lo del traje, te lo concedo. Pero, ¿qué hacía con sombrero en una reunión de académicos? Genio y figurín.

Su expresión fue la de haber visto a un alienígena deforme de la mano de “Elvis” apenas me vio.

Luego de la presentación de rigor, con suma gentileza accedió a mostrarnos el laboratorio. Pude observarlo con mayor atención. Mientras caminábamos hacia el sitio de los hechos, en medio de lamentaciones por la pérdida irreparable del joven Hemprich, descubrí que el hombre tenía un notable parecido con “Nikola Tesla” cuando guardaba silencio, y con “Don Francisco” cuando hablaba.

El laboratorio había sido ordenado. Más encima, había estudiantes trabajando más concentrados que un caldo “Maggi”. Gálvez tenía razón. Encontrar indicios del ilícito resultaba ser una tarea vana. Este me miró con reproche, y sonrió con ese cinismo muy suyo.

Había muchos aparatos ahí, algunos tan grandes como un congelador industrial, y tan pequeños como una lupa. Las máquinas más pesadas se arrinconaban, y los mesones de “cachureos” rodeaban el lugar. Otros mesones

formaban tres pasillos que lo recorrían de norte a sur. Era un sitio grande, y no esperaba tener mucho tiempo para examinarlo.

Luego de que nos presentara, rogando a la concurrencia que siguieran con lo suyo, el buen doctor comentó algunas cosas relacionadas con lo que se hacía en ese lugar. No intentaban descubrir la quintaesencia del cosmos, solo se limitaban a realizar investigaciones orientadas a la industria nacional. Mientras yo recorría los pasillos observando de reojo de vez en cuando, centrándome en las gavetas y en las cosas pequeñas, Gálvez tuvo el atino de preguntarle acerca del trabajo de Hemprich. Yo me hice el desentendido, como si estuviese muy concentrado en mis pesquisas. Aldunate se fue de lengua.

Hemprich era oriundo de Temuco, y arrendaba un departamento en un sector aledaño al Estadio Nacional. Sus cercanos lo tildaron de ser “muy tranquilo y dedicado”. No tenía vicios, ni tampoco se le conocía una pareja. Ergo, o era “manfinflero”, o se le “caía el helado”. No hay nada de malo con que sea lo uno o lo otro. Asimismo, no existían las horas de descanso para ese joven. Ya sea en ese lugar, o en el laboratorio de “la Católica”, solía verse incluso los fines de semana y festivos. Para “Don Francisco”, el muchacho se topó con el robo, trató de evitarlo y esa noble acción le costó la vida.

Trabajaba en un “trabalenguas” que solo ellos entienden, y de vez en cuando se encerraba para hacer algunas mediciones con el aparato robado. Por supuesto, Gálvez le preguntó qué diablos hacía el dichoso aparato, y tuvo que aceptar recibir del académico una explicación en chino Mandarín mezclado con mapudungún. Mientras Aldunate hablaba, y mi compañero me echaba constantes vistazos, yo abría gavetas, cajoneras, y trataba de tocar lo menos posible. Cuando encontré lo que buscaba guiado por la respuesta precisa de una jovencita con aires de “Janis Joplin”, para despistar al “tira” con cara de sospecha, de vez en cuando me puse a mirar a través de algún microscopio, a hacerle una pregunta huevona a un estudiante, o a jugar con algunas perillas como los cabros chicos.

—Disculpe, detective—me dijo “Don Francisco”, con algo de “pachorra” en su tono—: esos aparatos son delicados.

Levanté mis manos y sonreí como un idiota. Gálvez echó un suspiro de impaciencia. Tenía una cara que un geólogo bien podría valorar.

—¿Ya terminó con su investigación?—me preguntó el académico, moviendo las manos como si tocara teclas en el aire.

De regreso a la “Pescadería”, mi compañero agitó la baliza y la sirena un par de veces para hacerse paso en medio del tráfico. A pesar de esa ventaja, cometió un error de cálculo y se metió en un “taco”. El “tira” no traía buena cara y estaba tan silencioso como una monja en un claustro. En un semáforo, sacó el habla.

—Supongo que ahora andas “enferrado” después de lo que te pasó.

—Lógico.

—Y la dejaste en tu auto. Una acción negligente. Cualquiera podría sacártela. Abrir uno de esos es más fácil que quitarle un dulce a un niño.

—Confío en que el sector es tranquilo.

—El delincuente es osado. No respeta nada. Y dime una cosa, Sotito...

—“Una cosa”.

—Mira pendejo “culiao”. Fuimos a puro huevear a la universidad.

—Yo fui a estudiar. Me titulé de Ingeniero.

—¿Así que “andai” de “chistosito”?

Entonces, se me quedó mirando con exacerbada sospecha.

—Me huele a que descubriste algo y te haces el huevón conmigo...

Meneé la cabeza. No se la iba a hacer tan fácil. Después de todo, tenía que ganarse al “Buitre”. Mis pensamientos se dirigieron hacia Córdova.

—¿Trabajas en conjunto con Córdova?—le pregunté, como si nada.

Pretendió derretirme con la mirada sostenida.

—Compartimos información como es lógico—contestó, esta vez, mirándome como lo hace una dama blanca a un “morenito” con el pantalón a medio poto, mientras se aferra a su bolso—. El nexa está ahí, pero dudo que no sea más que una coincidencia.

Miramos a la gente caminar delante de nosotros. Había muchas haitianas, ya “gorditas”, ya con el trabajo hecho empujando un cochecito. Algunas eran acompañadas por su “negro” personal.

—Esas llegan al país y se embarazan ligerito. Saben que el Estado las protegerá con un crío en brazos.

El comentario me sonó bien racista, no tanto por las palabras, sino por el tono despectivo empleado. Gálvez usó un “tonito” bien “mirador en menos”. La actitud de Gálvez era muy parecida a la de esos que, siendo perros sin pulgas, de la noche a la mañana se ganan un premio millonario. En fin. Puede o no tener razón, pero no es culpa de ellas. Y, con franqueza, me cago en la “protección” del Estado.

En la esquina contraria estaba el Jimmy, de pie, “cateando la laucha” con las manos en los bolsillos. Estaba un poco alejado de su teatro de operaciones. Gálvez estaba “choreado”. De todas maneras, le di un dulce para que se fuera tranquilo.

—Deberías concentrarte en lo que Hemprich hacía en sus ratos libres—le dije—. Primero desvalijaron “la Chile”, luego lo hicieron con “la Católica”, y allá lo encontraron. Andaban buscando algo y Hemprich tenía algo que ver.

—¿Tú crees?—preguntó con sorna.

—Es una corazonada. Síguela si quieres. Imagino que ya revisaron su departamento.

—Lo dimos vuelta. Llevamos su computadora al cuartel para examinarla. Mañana a primera hora la “BRICIB” tendrá un informe de lo que encontraron. “Balística” identificó la bala proveniente de una “Jericho 941”, nueve milímetros, robada hace dos años. Ya había sido usada antes. Además, el Servicio Médico Legal informó que el joven murió por el disparo con salida de proyectil. No encontraron nada más.

Me agarró una sensación de podredumbre y temor bien pegajosa. Sacudí mi cabeza cuando mis “cachorros” aparecieron en mis pensamientos. Uno nunca deja de pensar en los hijos, y tanta mierda que se ve en las calles y en la televisión hace mella en las preocupaciones del día a día.

—Desparramaron su “I.Q.” por el suelo. Qué desperdicio—añadió con pesadumbre.

—¿Drogas?

—Nada. Ya te dije. ¿Te dieron un “pape” en las orejas?

—Revisen su correo electrónico—le sugerí—. Puede tener más de uno...

Me miró como si observara a la cornucopia de la estupidez.

—¿Crees que estás hablando con un “pollo”?

—Discúlpame. No quise ofenderte. Oye, yo me quedo aquí. Tengo algo que hacer. Después voy a buscar mi “tocomocho”.

No dejé que me preguntara más sobre el asunto. Me bajé he hice un rodeo para despistarlo. El semáforo cambió a verde, y una dama dentro de un “Monster Truck” se quedó atrapada en el cruce. Gálvez la acribilló a bocinazos, pero la dama era de fierro, y cuando pudo, inició la marcha con tranquilidad. Cuando mi compañero se marchó, acelerando como “Steve McQueen” en “Bullitt”, crucé la calle para encontrarme con mi “secuaz”.

—¡Don Soto! ¿Acaso me anda siguiendo?... Pero, ¿qué “chucha” le pasó en la cara “ñor”?

Yo no había visto una expresión de asombro tan explícita en un rostro tan “chupado” por los elementos. Se llevó una mano a la boca.

—¿Está “hecho pico”? ¡Oh, “conchemimare”!

Y se largó a reír el infeliz.

—Ando buscando a los “artesanos” que moldearon esta belleza.

Jimmy exageraba su impresión. Así suelen hacerlo los “choros” cuando se enfrentan a situaciones cotidianas como esta. Debía darle unos minutos.

—¿Se los va a “boletear”, “iñor”?—preguntó cuando hubo de calmarse.

—Para nada. Solo quiero saber de ellos...

—¿Y para qué? A mí me la hacen, y me dejan vivo, cagaron los “culiaos”. Me los “píteo” donde me los encuentre.

Puse una mano paternal en su hombro. Aún tenía mucho que aprender.

—Uno de ellos es profesional. Se parece a “Neruda”, el poeta, ¿lo “cachai”? Bien. Un día te “sacan la chucha”, otro día te “prestan ropa”. Nunca se sabe. Anda con una “cuadrilla”, dos “choros”, uno de ellos tiene una guadaña de este porte.

Puso cara de preocupación mezclada con repugnancia, exagerada también.

—¿Y se la vio? ¿Le “cortaron la carrera”, “iñor”?

—“Putá la hueá”, Jimmy. No me agarres para el hueveo.

—Es que... ¡Oh! Lo hicieron “mierda”...

—Esos huevones son “cara de callo”, Jimmy. Hay que andarse con cuidado. Por eso solo quiero que los encuentres. Si es posible, ubica su “caleta”.

Le pasé medio “Arturo”, como de costumbre. Antes de marcharme, le advertí que la dueña de los perros era la asesora “cuica”, y le reiteré que solo debía ver de lejos.

Me fui caminando hasta la “Pescadería”, recorriendo las calles y callecitas de Providencia. Por suerte, en esa comuna se preocupan de que las calles tengan sombra, de lo contrario, habría llegado hecho una tinaja bien fermentada. Más cansado que “Kung fu”, justo cuando me disponía a abordar a mi fiel compañero de andanzas, escuché el piar medio “prepotente” llamando mi atención.

—¡Oiga, usted!

Me hice el huevón, y me señalé a mí mismo, mirando hacia todos lados.

—Sí. Usted. ¡Venga aquí!

Volví a cerrar mi vehículo y levanté mis manos.

—¿Usted es el dueño de ese vehículo?—preguntó, haciendo un gesto despectivo. No dejó que contestara—. El inspector Gálvez quiere verlo en su oficina.

—Dígale al “inspector Gadget” que voy en seguida.

El “pollo” me miró como si fuese el emperador de China mirando a un “patipelado” que osara dirigirle la palabra. Un tanto arrogante, con aires de “gallo de pelea”, largó una risotada, y con una venia me invitó a pasar.

De vuelta en la oficina de Gálvez. Ya era la hora del almuerzo, y mis tripas me lo recordaban cada veinte segundos. Ahí me quedé, sentado “como los huevones”, esperando a que “el breva” se dignase a aparecer. Por lo menos tenía aire acondicionado, y agua caliente a disposición. Busqué en la gaveta donde guardaba el café, esperando hallar alguna botella salvadora. Nada. Aparte de café, solo había una caja de té de bolsita redonda, otra de té de hierbas y dos cajas de “Ibuprofeno”. Revisé el surtido de té de hierbas, y encontré “Melissa” en mayor cantidad. Tomé tres bolsitas redondas, y con una de ellas me hice un té, porque la “vocecita” me dijo que “peor es ná”.

Con ese simple “sapeo” me di cuenta de más cosas de las que me hubiese podido enterar hablando con su psicólogo personal.

Miré hacia la puerta. Nada. Revisé su cuaderno de notas que mantenía sobre el escritorio. Cada hoja tenía estampado el logo institucional. Solo había apuntes “guachos”, ideas a medio terminar y listas de supermercado. ¿Poemas? ¡Poemas! Gálvez es un poeta frustrado. Un romántico. Tenía material para agarrarlo para el hueveo si se me ponía chistoso. Sobre el caso no encontré nada útil. Volví a echar un vistazo hacia la puerta, agucé el oído. Se me ocurrió medir cuánto le tomaba llenar un cuaderno como ese, y en la antepenúltima página dibujé una “pichula” descomunal. Dejé todo como estaba y me senté, justo cuando entraba.

—Tu “corazonada” hace agua, Sotito...

Se reía solo y se sobaba las manos mientras sentenciaba mi fracaso como “deductor”. Se fue directo al mueble sobre el cual pendía la foto del presidente de turno, abrió una de las puertas y de entre una torre de carpetas extrajo una botella de “Juanito caminador”. Sirvió dos vasos llenados al dedo.

—Ilústreme—le dije mientras bebía el mío al seco.

—¡Eah! Estábamos secos. ¿Otro?

—Luego. Era solo una corazonada. ¿Por qué hace agua?

Se tomó su tiempo para sentarse y suspirar. Para no ser menos, se bebió su vaso al seco también. Solo le faltó decir “tócala otra vez, Sam”, pero igual sus ojitos se le pusieron vidriosos.

—El informe de la “BRICIB” llegó antes. No había mucho que ver. En verdad que Hemprich era un sujeto aburrido. Ni siquiera había pornografía, ni en archivos de video, ni en su historial Web. Tenía un solo correo electrónico, y solo mantenía correspondencia con compañeros y profesores de ambas universidades.

—¿Hicieron el seguimiento de su IP?

Me miró como si observase a la cornucopia de la desfachatez.

—“Putá la hueá”, Sotito. Nos crees bien “huevones”, ¿verdad? Claro que la hicimos. No usó ningún “espejo”, ni IP falsa, ni cambio de “MAC”.

—¿Su teléfono? ¿WhatsApp?

—También revisamos los registros, no hallando ningún número sin identificar. Él hablaba con sus padres en Temuco, una hermana en Puerto Varas, y con sus profesores. Tiene algunas llamadas a números desconocidos, pero según el rastreo de antenas, un sencillo análisis de geoposición efectuado por la “BRICIB”, corresponden a sus compañeros. O sea...

—Nada.

—Exacto. El joven estuvo en el lugar y momento equivocados. Sotito, aquí es donde la “vieja escuela” caga.

“Al contrario”—pensé—“Aquí es donde mete su cola”.

—¿Y si hubiese tenido otro teléfono?

—Lo habríamos encontrado—contestó al instante.

—Pudieron robárselo luego de asesinarlo. Y también pudo tener otro correo electrónico, pero que solo accedía a él desde un “ciber”, o desde un computador desconocido. Bien pudo tener dos vidas, y mantenerlas aisladas en todo momento. Si podía con dos doctorados, debía ser muy ordenado.

Gálvez se reacomodó en su asiento, reclinándose sin dejar de observarme. Frunció los labios. Quería darme un beso.

—Ahora te acepto el otro—le dije.

Se levantó. Arrancó el vaso de mi mano, y esta vez lo llenó hasta la mitad, solo porque no pudo controlar el pulso. Me di cuenta de que esa era una posibilidad contemplada por él, pero que no se sostenía con nada. Hizo el gesto de entregármelo, pero le hizo el quite a mi mano sedienta.

—Tú sabes algo que no me has dicho.

Le arrebaté el vaso, pero solo me serví un poco, no vaya a pensar que soy un borracho.

—Solo son posibilidades. Como que “Trump” y “Kim Jong-un” se den un beso con lengua para el cuatro de julio.

Un ruido sordo llegó hasta nosotros, como “coscacho” de “Transformers”, seguido de un frenazo de campeonato.

—Alguien hizo “mierda” su auto...

—Que los “pacos” se encarguen. Tu premisa está equivocada—me dijo cuando se sentaba en su trono—Hemprich está limpio. No hay ninguna evidencia de actitudes sospechosas en ese muchacho.

—Era “demasiado” perfecto para haber sido de carne y hueso. ¿Acaso no te llama la atención que, siendo tan joven, haya resuelto la “Paradoja de la Perfección”?

Se encogió de hombros. Se levantó por un café. Mientras lo preparaba, me echaba vistazos de reojo.

—Podrías darme su lista de los correos y números telefónicos—le dije, con su qué.

—Eso ya es clasificado, Sotito. No es para civiles.

—¿Cómo quieres que sea de utilidad?

Otra vez me miró como si observase a la cornucopia de la desfachatez.

—Estás aquí solo porque venero a Chaparro.

—Y porque te gustaría tener al “Buitre”...

—No creo que sea para tanto esa huevada. “BRICIB” se las bate muy bien.

—Si encontrase algo con él, no dudaría en decírtelo—le dije con toda la seriedad que pudieron mostrar mis chistosas facciones—Yo también venero al viejo.

Gálvez no da puntada sin hilo. Después de pensarlo, aceptó entregarme esa información, pero lo haría por correo electrónico. Aquello podía significar que, al igual como lo hizo Galileo con Kepler, me dejaría esperando como un santo huevón, o bien, me mandaría información basura. También estaba la posibilidad de la honestidad, y me mandase buena información. Siento que, a veces, gasto neuronas en razonamientos circulares de mierda.

Volví a mi oficina. Después de comer algo que me preparé a la rápida, recibí el llamado del “profe”. Me preguntó cómo había salido la cosa, y yo le respondí “como las huevas”. Le dije, sin mucho interés, que esperaba “Dios mediante” que Gálvez me enviara información “veraz” que me permitiese ser de mayor utilidad en el caso, y colgó.

Ni siquiera se despidió. Bueno. Es fiel a su estilo.

11

Pasaron dos días sin noticias, ni de Jimmy, ni de Gálvez. Para remate, los periódicos no me entregaban nada útil. Asaltos, crímenes, el clásico caso del perrito abandonado o golpeado, el clásico “pico en el ojo” de los políticos junto al clásico cambio de “look” o lío amoroso de algún futbolista, y el siempre omnipresente “problema mapuche” en la región del Bío Bío. Un titular alarmante para un periódico que suele escribir sus titulares tendenciosos con elegancia llamó mi atención: “*Conflicto Mapuche se extiende a la región de la Araucanía*”. Solo les faltó poner entre paréntesis “¡Que horror!”. Algunos artículos en otras páginas del mismo periódico reafirmaban la sensación de “indefensión” de los habitantes de ambas regiones, así como los “actos terroristas” ejecutados por los hijos de “Lautaro”, como la quema de vehículos y galpones de una forestal, todo en la Novena Región. Al parecer, todo señalaba a que la guerra de guerrillas de la Octava Región, la del Bío Bío, con su extensión hacia la región de la Araucanía, amenazaba convertirse en la “madre de todas las guerras”, después de la “Conquista”.

Convendría ver qué dice la otra parte. (Varios “clicks” después). Vaya. Pareciera que a la otra parte le comieron la lengua los ratones de cola larga, o no saben comunicarse en español. O, quizás, en realidad son “los malos”. Si solo leyera esa clase de periódicos, sin duda alguna que terminaría pensando así.

Que mierda de “medios”. Para qué me iba a hacer “mala sangre” con eso, si al fin y al cabo, eran bien buenos a la hora de publicar lo que a mí me interesa.

Mientras estaba en ese tedioso proceso de búsqueda de clientes potenciales, recibí la visita de una mujer que sospechaba de su marido, y quería obtener pruebas de su supuesta infidelidad, tanto fotográficas como, de ser posible, de audio. La dama no aparecía en las páginas sociales, así es que tuve que trabajar. Por supuesto, cobré una tarifa especial para cada exigencia.

Era muy desconfiada, como todos los clientes que vienen hasta mi humilde oficina. Me dio un nombre que asumí de inmediato como falso. Me preguntó para cuándo tendría la información, y le di un plazo máximo de dos días. No quiso darme un número de contacto.

—Lo llamaré desde un centro de llamados—me dijo, y se marchó.

Tuve que aquietar mi imaginación cuando la vi marcharse con ese andar de “femme fatale” antes de que la puerta se la tragara. Ella quería que yo supiese lo que el “sacohuea” estaba a punto de perder. Es que no podía creer que el

“dandy” hubiese tenido la desfachatez de cambiar un bombón como ese por alguien más. Caída de una nube, era hermosa, de modales finos. Con un cuerpo reservado solo para “halcones”, a su paso dejaba una estela perfumada que ya la quisiera “Jean-Baptiste Grenouille”, o “Coco Chanel”. Un solo beso de sus labios carnosos sería suficiente para morir por la patria.

La dama me proporcionó una fotografía. El sujeto no es mal parecido. Como lo dije, un “dandy”. Un gerente general de “quemador” y zapatos caros. La empresa pertenece al padre de la clienta. Eso sí es “sacarse el Loto”, y el “sacohuea” le hace la tremenda “mariconada”. Eso pasa con algunas personas, y ocurre más de lo que uno se puede imaginar: no saben lo que tienen, hasta que ya no lo tienen. Con seguridad su mujer le pedirá el divorcio si en verdad el sujeto le “pone los cuernos”, y un divorcio con causal de adulterio no tiene defensa alguna. A la calle, a “poto pelado” y pagando hasta el alma, por huevón.

Por otro lado, cuando uno conoce a una mujer hermosa, en la posición del “dandy”, siempre existe la posibilidad de conocer a otra extraordinaria. Pero ahí es donde debe prevalecer el buen criterio, el sentido común, digo yo. “Mejor pájaro en mano que cien volando” dice el viejo refrán, y vaya que se ajusta a la mayoría de estos casos. Pero, como sucede a menudo, es un dicho que entra por un oído y sale por el otro. Aunque, para ser más justos, también se dan esos casos en que la hermosura es inversamente proporcional a la calidad humana, y este podría ser uno de esos. Quizás, la “Venus” de labios de rubí de rojo carmesí es una “hincha pelotas” de tiempo completo. En fin. Solo el cucharón sabe lo que hay en el fondo de la olla.

Con el número de su teléfono personal provisto por su mujer, le seguí los pasos sin moverme de mi oficina. “Buitre” hizo un seguimiento al número mediante el rastreo de antenas, hasta que este permaneció inmóvil en un lugar durante una media hora. Las coordenadas no eran muy precisas, y lo ubicaban entre un banco y una joyería. Quizás, estaba eligiendo un presente para su señora esposa. Quizás, era de esos sujetos callados, trabajólicos, de comportamiento errático, pero honestos al fin y al cabo. De esos hay de sobra, y suelen estimular la imaginación de las personas inseguras.

Paralelo a “Buitre”, encendí el tranceptor y escaneé la frecuencia de su celular. Nada. De todas maneras, contaba con el pago de la tarifa inicial.

Entré a “Google Street View” para echar un vistazo al entorno. Ahí estaban el banco, la joyería a cincuenta metros de aquel. En la acera del frente solo había casas de dos pisos de alto. El barrio es antiguo, y las casas son casonas. Revisé

cada puerta. Una de ellas tenía un número vistoso, de esos que se encienden cuando llega la noche. “Tate”, me dije.

Sonó una voz femenina en mi transeptor. No era la voz de la “cornuda”.

—“*Mi amor, voy con atraso, pero llegaré en veinte minutos*”.

“Tate”.

Me dirigí hasta el sitio de la “cochinada”, estacioné justo enfrente del motel. Instalé una cámara disimulada en el techo de mi “Monster Truck”, y la encendí. Después de eso, salí a dar un paseo, y esperé mientras me fumaba un “pucho” en una plazoleta de las proximidades.

Como era la hora de almuerzo, supuse que el “polvito” sería “express”. Aún así, dejé la cámara funcionando por una media hora más del tiempo estimado en principio.

Chaparro tiene razón. Me gana la plata fácil. Podría darme vergüenza. Pero, si no lo hago yo, lo hace otro, y otro se lleva la plata. Además, si no lo hiciera, personas como esa pobre mujer vivirían con el tormento de la sospecha quizás por cuánto tiempo más. Vivir con eso destruye al ser humano. Fue una de las razones por las cuales me hice “detective privado”.

Claro, alguien podría pensar: “una mujer así puede sacar un clavo con otro sin dificultades”. Sin embargo, no es tan fácil cuando hay sentimientos profundos de por medio. Uno no se enamora y luego se desenamora como quien se cambia de calzoncillos, o, en su caso, de calzones.

Volví a mi “Maruti”, me subí y me largué de ese lugar como si nada hubiese pasado.

Al otro día revisé la grabación. Ahí estaba el caballero, saliendo del brazo con la “pérfida”. La verdad sea dicha, no sé hasta qué punto un sujeto puede perder la cabeza por una mujer que no es la suya. La de la grabación distaba mucho de la belleza de su esposa. Imprimí unas cuantas imágenes, grabé el audio en un disco “CD”, y esperé por el contacto.

Durante la tarde de ese día, llegó un correo electrónico. Era de Gálvez. Se trataba de la lista de contactos de Hemprich. Al final del mensaje solicitaba que fuese esa misma tarde.

También recibí un llamado del “profe”.

—¡“Profe”! Adivine qué pasó: Gálvez me envió información...

—“*Sí. Lo sé*”—contestó con el tono parco—. “*Lo convencí para que lo hiciera. Pero me dijo una huevada que no me gustó.*”

“Chucha”, pensé.

—“No puedes andar con huevadas secretas, ¿me oíste? Gálvez nos hizo un favor con dejar que metieras tu nariz en su caso, y tú te guardas cosas. Esa huevada no se hace, es de maricones.”

—¿Por qué cree que me guardo cosas?

—“No te vengas a hacer el desentendido conmigo. Te conozco. Te gusta trabajar solo.”

—Usted lo ha dicho.

—“Pero resulta que no estás solo en esto. Entrega lo que tengas. Si no quieres entregarla completa, dosifica. Pero no te la guardes. Tú no eres “Sherlock Holmes”, no actúes como ese huevón. Eso es todo.”

Y colgó.

Comprendí muy bien el sentido de la adenda al mensaje de Gálvez. Cuando me dispuse a ir al encuentro del “tira hocicón”, una alerta del “goma” del edificio me indicó que tenía visitas. Era la clienta “gorreada”. Gálvez tendría que esperar un poco.

El traje había cambiado, así como la estela de mujer fatal dejada tras de sí. Lo demás seguía intacto.

—Señor Soto. Vengo por los resultados de su investigación. No quise llamar. Espero no importunarlo.

—Alcanzó a encontrarme. Justo iba saliendo.

La hice pasar y la invité a sentarse. Ella acomodó una pierna sobre la otra. Se notaba afectada.

—¿Puedo fumar aquí?

—Adelante. ¿Se sirve algo? Tengo whisky, vodka. Agua por si está a dieta...

—Quisiera terminar con esto de una vez. ¿Me tiene algo?

Le entregué un sobre con la evidencia. Ella dejó su cigarrillo, abrió el sobre y extrajo las fotografías con gestos parsimoniosos. Se quedó observándolas por algunos instantes. Sus ojos se pusieron vidriosos. Me levanté y fui por un trago. Supuse que un cortito de menta le quedaría bien.

—Tome. Le ayudará.

Dejé el vaso en la mesa. Ella parecía desconectada del universo, centrada solamente en las fotografías. Sin embargo, aparte del empañamiento de sus ojos, ni siquiera su mirada experimentó cambios bruscos. Sus facciones se mantuvieron pétreas durante todo el tiempo que duró esa verdadera patada en el estómago. Luego, sacó el disco. Lo observó durante un par de segundos, y lo partió a la mitad.

—Lo lamento mucho—le dije, y quise sonar empático y sincero, pero terminé sonando como un cirujano dando la noticia que nadie quiere oír.

Dejó las fotografías dentro del sobre, y lo guardó en su bolso. Luego de dudarle por algunos instantes, también guardó los trozos del CD. A continuación, me entregó un sobre abultado. Parecía ser mucho dinero.

—Muchas gracias, señor Soto.

Y se puso de pie con toda la dignidad que su estampa podía mostrar. Sin revisar el contenido del sobre, le advertí que quizás podría ser más de lo que le había cobrado. Por alguna razón, “Sotito” se puso consciente.

—El dinero no es importante. Adiós, y cuídese.

Debo confesar que no había visto semejante reacción en un cliente. Otras se han puesto a llorar, incluso me han recitado sonetos completos con sus desdichas. En cuanto a los hombres, algunos se han puesto como monos enjaulados con sobredosis de “éxtasis”, y les han dedicado a sus “pérfidas” un rosario que dejaría a “Paty Cofré” como a una recitadora shakesperiana.

Es la parte triste y dura de este trabajo. Pero, como lo dije antes, alguien tiene que hacerlo. No niego que aquella última frase me descolocó. Por un instante temí que la mujer hiciese algo estúpido. Mi consciencia me estaba jugando “chueco”. Pero, ¿por qué me sentía mal, si yo no era el que la “gorreaba”? Cuando sufro estas recaídas morales, intento equilibrar las cosas de mi mente repasando mis axiomas, máximas que no necesitan ser demostradas: primero, lo que hago es revelar una realidad que se oculta a los ojos de la víctima. Segundo, soy el que pone el cuchillo al rojo en una herida para que esta no se gangrene. Y por último, desde el momento en que el servicio es cancelado, y el cliente abandona mi oficina, lo que aquel haga con la información ya no es de mi incumbencia.

Si me “caldeaba” con las reacciones de los clientes, hace rato que habría necesitado un psicólogo. En tal sentido, el oficio ya me había endurecido el cuero, así como les sucede a las enfermeras y a los médicos. Al final, cambié el “switch”. Me tomé el cortito. Abrí el sobre y me sentí como un estafador. Luego, supe que era un sujeto afortunado. Entonces, me tomé otro.